

RESEÑAS

LUBTCHANSKY, Natacha: *Le cavalier tyrrhénien. Représentations équestres dans l'Italie archaïque*. École Française de Rome, 2005. 345 págs., Ils., Índice. ISBN 2-7283-0720-2.

Natacha Lubtchansky es profesora titular de la Universidad François-Rabelais de Tours, especialista en la Italia prerromana. Como ella misma indica, este trabajo se encuadra dentro de una línea de investigación iniciada por su trabajo de D.E.A., *Représentation des animaux dans l'art étrusque*, prolongada por su tesis doctoral, *Jeunes cavaliers et cavaleries aristocratiques. Le cavalier et son image en Étrurie et en Grande Grèce à l'époque archaïque*, y completada por varios proyectos de investigación entre los que destacan el proyecto ESPRI (ESpaces, PRatiques sociales et Images dans les mondes grec et romain) y el I.C.A.R. (I Conographie-ARchéologie), base de datos muy completa, que recoge los objetos del s. VIII a. C. de las culturas etrusca, itálica e italiota que sirven de soporte a una escena figurada, y que puede ser consultada en Internet.

Esta reciente publicación de la que ahora nos ocupamos ha sido editada por la prestigiosa École Française de Rome, en una edición de tapa dura de muy buena calidad aunque con ilustraciones y fotos en blanco y negro únicamente. Se estructura en ocho capítulos además de una introducción, las conclusiones y dos anexos en los que aparecen la lista de las fuentes escritas, traducidas todas ellas al francés, y la lista de las representaciones figuradas, con la bibliografía pertinente, utilizadas en la obra. Cada capítulo se estructura en uno o varios dossiers, es decir estudios de un tema preciso, en los que se reagrupan las diferentes fuentes textuales, iconográficas y arqueológicas. Dos capítulos están dedicados a la caballería en Síbaris, dos en Campania, dos en Etruria y uno en las ciudades latinas.

En su introducción, la autora indica las bases de su trabajo así como sus objetivos. Los tipos de documentación estudiados son tres: los textos, las imágenes y el mobiliario arqueológico. Bajo el término de «cavaliers», es decir, «jinetes», entiende fenómenos tan dispares como los guerreros a caballo, la caballería, los «hoplitas montados», la *hippotrophia*, la equitación, la hipotecnia y los juegos y paradas hípicas, pero que estudia cada vez de manera individual. El trabajo se limita geográficamente a la Italia tirrénica y cronológicamente a la época arcaica, siendo su objetivo una historia de los jinetes de la Italia arcaica y por lo tanto, a la vez, una prehistoria del *equitatus* romano. Rechazando un enfoque puramente institucional y ya ampliamente desarrollado en la historiografía existente sobre el tema, la autora ha decidido basar su estudio en las fuentes escritas y arqueológicas no romanas de los pueblos que durante la época arcaica mantuvieron estrechos contactos con Roma.

El primer capítulo se presenta también a modo de capítulo introductorio. La influencia que tuvo Grecia sobre la Italia prerromana, sobre su población indígena (itálicos y etruscos), al servir de modelo y transmitir sus ideales heroicos, se extiende obligatoriamente a la formación de la caballería de época arcaica en Italia, a sus representaciones iconográficas y a la visión que de ella tenía la sociedad. Partiendo de la idea de una utilización secundaria del caballo montado frente al carro en época homérica, la autora presenta el debate en torno a la aparición de la caballería ateniense y de los «hoplitas montados». De éste saca a la luz tres puntos sobre los cuales los diferentes autores parecen ponerse de acuerdo de manera general. El primero es la utilización de la caballería como verdadero instrumento de guerra a partir de época arcaica. Esta caballería se desarrolla paralelamente a la aparición del combate hoplita y todavía demuestra ser un arma poco eficaz. El segundo es la pertenencia de estos jinetes a la aristocracia, y el tercero, la existencia de una imagen negativa del jinete frente a los valores

hoplitas que en esos momentos predominan en la sociedad ateniense, sin que por ello desaparezca la imagen positiva del joven jinete aristocrático dentro de un contexto principalmente educativo. Por otra parte, la autora deplora aquí la falta de estudios sobre la caballería de otras ciudades y regiones de Grecia, como la isla de Eubea y sus colonias en la Península Itálica. En éstas, el caballo constituye el símbolo principal de una oligarquía terrateniente aristocrática que ostenta el poder político y social, los *Hippobotai*, y la *hippotrophia* juega un papel importante en la organización política y militar. También en Corinto, los baquías han mantenido una relación especial con este animal, que aparece montado en esta ciudad. El mito de Pegaso y Belerofonte relacionado con el culto de Atenea, otorga a Corinto un papel relevante en el origen de la equitación y del bocado. Finalmente la autora menciona además los diferentes dioses y héroes *hippios* que aparecen en esta época en el Peloponeso.

También en este primer capítulo la autora lleva a cabo un estudio de las atestaciones zoológicas del caballo en Italia hasta época romana. El caballo domesticado habría aparecido en Italia a partir del Neolítico, principalmente en la Italia septentrional, tal vez en relación con la difusión de la cultura campaniforme, y su uso como animal doméstico se habría generalizado durante el Bronce Medio y Final. Pero la autora no considera que se pueda hablar todavía durante la Edad del Bronce de una cría planificada. Sólo a partir de la Edad del Hierro se empiezan a entrever en Europa dos tipos de caballos, los de la zona occidental y los de la zona oriental, siendo estos últimos más grandes. A través de las deposiciones de caballos de carácter funerario, la autora concluye que, de manera general, los caballos de la Península Itálica eran relativamente débiles, y que en algunas ocasiones se acudió a importaciones de caballos orientales para paliar estas insuficiencias, lo que indicaría la importancia de este animal dentro de las culturas prerromanas. Por otra parte, estas deposiciones también ponen el acento sobre la gran variedad de sacrificios y deposiciones de las que era objeto este animal en función de la época y la región, siendo más comunes en la región tirrénica las deposiciones de caballos por pares en asociación con un enterramiento humano, hecho que se asocia con la utilización del carro, mientras que en la costa adriática y el sur de Italia predominan las deposiciones individuales, a menudo junto con restos humanos.

El capítulo se cierra con un análisis de las primeras atestaciones de caballos montados, que podrían remontarse aunque no de manera generalizada al neolítico, y en Italia, a la Edad del Bronce. Este fenómeno se refleja principalmente en la utilización y la presencia de bocados en las deposiciones. En la medida en que aparece un único caballo con un bocado, se puede suponer la utilización de éste como caballo montado, y no como atado a un carro. Desgraciadamente estas deposiciones todavía muy escasas no permiten hablar, según la autora, de una verdadera difusión de estas tumbas de jinetes, que aparecen principalmente en la parte oriental de Europa, en Italia a principios de la Edad del Hierro. Las primeras representaciones iconográficas de jinetes aparecerían en Italia a finales del s. VIII a. C., en particular en la zona de la cultura d'Este, en los yacimientos villanovianos, y en las primeras colonias griegas, siendo las primeras representaciones sobre vasijas de cerámica de origen griego y más precisamente eubeo.

El **segundo capítulo** se centra en el estudio del papel que jugaba la caballería en la ciudad de Síbaris en época arcaica. Dada la importante influencia que esta ciudad tuvo en la Magna Grecia durante este periodo, la autora considera que su tradición ecuestre, heredada más tarde por su colonia Posidonia y Turios, debió a su vez influir de manera determinante en la formación de las caballerías tanto del «imperio sibarita» que controlaba, como de la vecina Campania, y por lo tanto de Roma. Las fuentes escritas parecen otorgar a esta ciudad, cuyo emplazamiento geográfico en una amplia llanura se muestra idóneo para la cría de caballos, un dominio especial de la crianza y una doma original de los caballos en relación con la música.

Gracias al estudio historiográfico de los términos *truphé*, *hubris* y *habrosuné* en relación con dos textos de Ateneo de Náucratis y de Aristóteles, y señalando la necesidad de tener en cuenta las exageraciones y deformaciones que en ellos pueden darse dadas las corrientes filosóficas y moralizadoras imperantes en el momento, la autora subraya la presencia de una caballería numerosa e importante en esta ciudad y la existencia de una aristocracia ecuestre de carácter oligárquico. Algunos de los comportamientos descritos en estos textos como las paradas, o lo que la autora considera como ritos de iniciación de los jóvenes, no serían más que el reflejo de esta clase aristocrática, que llevaba a cabo estas prácticas sociales con el fin de afirmar su estatus social.

Además, esta especialización por parte de los sibaritas en el arte ecuestre con música de fondo, considerada como decadente en los textos de Elio de Preteste y Julio el Africano analizados aquí, bien

podría, sin embargo, reflejar un dominio especial de ciertas tácticas militares relacionadas con la caballería. Nos parece interesante la comparación que hace la autora con escuelas como la de Viena o Jerez, cuyas figuras podrían haber tenido en sus orígenes un carácter táctico. La autora subraya que estos dos textos, al igual que otros textos de relatos de guerras también legendarios, podrían avalar la importancia de la caballería como arma militar en algunas ciudades ajenas al mundo griego, hasta el punto de ser consideradas como las responsables de la victoria o la derrota en la batalla, en oposición al modelo griego de los infantes-hoplitas.

El **tercer capítulo** sigue consagrado a este «imperio sibarita». En él la autora estudia un conjunto de tumbas situadas en la región de Chiaromonte y fechadas de manera general en torno a la mitad del s. VI a. C, que podrían pertenecer a una aristocracia ecuestre, y en las que se depositaba un único bocado asociado en algunos casos a una espada curva, en oposición a las sepulturas en las que aparecían dos bocados y que, como ya se había indicado anteriormente, estarían relacionadas con los carros. Es interesante la observación que hace la autora sobre la asociación en dos de estas tumbas de una espada curva, parecida a la falcata ibérica aunque más curva, a un bocado, implicando una utilización militar del caballo montado. Este tipo de arma, denominada bajo el término de *drepanon*, se ha relacionado con la espada curva utilizada por las caballerías iónicas.

Estos instrumentos de caballería (el bocado y la espada curva) pueden ser considerados como símbolos de un estatus privilegiado, de pertenencia a la élite social, pero también como la posible prueba de la existencia de una aristocracia ecuestre. La autora va más lejos afirmando que estas tumbas guerreras podrían ser el reflejo de una categoría militar especial, la de los «hoplitas montados» según el término moderno, que se desplazarían hasta el campo de batalla a caballo pero que lucharían a pie. Esta categoría aparecería representada en algunas fuentes iconográficas y escritas, y en otra serie de deposiciones funerarias, todas ellas provenientes de la región de Basilicata a la que pertenece Chiaromonte, que la autora estudia aquí, y mediante las cuales se exaltarían unos elementos comunes que implicarían la utilización del armamento hoplita, el combate singular de tipo heroico que opone dos jefes y la posesión de un caballo.

El **cuarto capítulo** está dedicado al estudio de la caballería y de las prácticas ecuestres campanienses en base a las fuentes iconográficas. En un primer punto, la autora estudia las diferentes figuras que decoran los *lébès* de bronce campanienses, calderos funerarios característicos de las tumbas «en cubo» de la Campania septentrional de finales del s. VI y principios del V a. C. Las figuras representadas serían la del arquero montado, la del *sepulture*, jinete que realiza una figura de volteo, y la del caballo sin jinete. Estos conjuntos de figuras han sido interpretados por los diferentes autores, aunque con ligeras diferencias, como la representación de la juventud aristocrática campaniense, jóvenes jinetes que llevan a cabo un ritual funerario o educativo, cuya importancia en la Campania de época arcaica se ve además reflejada en los textos literarios, como indica la autora remitiéndose principalmente al estudio que de ellos hace A. Mele.

Un motivo parecido es el que, según la autora, parecen representar algunos de los antefijos en terracota aparecidos en el santuario de *Fondo Patturelli*, o algunas cerámicas campanienses de figuras negras. Como la autora indica, esta serie de textos, representaciones iconográficas y deposiciones arqueológicas, podrían reflejar la importancia de los ritos educativos dentro de la sociedad campaniense y demostrar que los ejercicios ecuestres también formaban parte del programa educativo destinado a la juventud aristocrática.

En la última parte de este capítulo, la autora analiza si se trata de un modelo propio de la sociedad campaniense o si es el resultado de la transmisión de modelos extranjeros. Considera que el origen de la cerámica campaniense de figuras negras está en los artistas etruscos instalados en la región, pero que la influencia ática es igualmente innegable, y que se produce o bien a través del comercio o bien a través de la cultura etrusca. La representación de la figura humana y de los jinetes en la cerámica campaniense podría estar basada sobre el modelo ático, que a menudo representa un joven a caballo realizando ciertos ejercicios ecuestres que forman parte de su educación. El caballo podría constituir además el símbolo de un estatus social privilegiado, próximo al del hoplita, lo que reafirmaría la idea de la pertenencia de estos criadores de caballos y jinetes a la clase aristocrática. La autora considera que esta iconografía utilizada para representar al jinete en la cerámica campaniense es además muy parecida a la utilizada en la cerámica calcidiana. Por lo tanto, estas dos regiones italianas retomarían el modelo griego, tanto desde el punto de vista estilístico, como desde el significado simbólico del jinete. Pero llama la atención sobre el hecho de que las representaciones ecuestres campanienses

presentan además rasgos originales, como los que se encuentran en los *lébès* de bronce con representación de un arquero escita, arquero que en opinión de la autora podría representar la figura del efebo. Una vez más, se apreciaría no sólo la influencia ática, sino también el grado de conocimiento que tenía la aristocracia campaniense de este modelo griego. En el caso de los *lébès* de bronce con representación de *desultor*, se trataría de una figura característica de las poblaciones italianas, etruscas y campanienses principalmente, reflejo de una práctica ecuestre que se dio en Campania por influencia etrusca. Finalmente la autora demuestra en un subcapítulo muy interesante, como el artesano, si bien en ocasiones transforma la imagen en función de su interpretación de la realidad, también puede incluir detalles que nos dan informaciones sobre la realidad de las prácticas ecuestres.

En el **quinto capítulo**, la autora estudia otros tipos de jinetes campanienses que aparecen descritos en las fuentes escritas y que se diferencian del joven jinete aristocrático que hemos visto en los capítulos anteriores. Según la autora, las técnicas ecuestres utilizadas por estos últimos debían tener además una utilidad militar. Los textos relativos a Campania corroborarían la utilización de la caballería como arma militar todavía en época arcaica, pese a que como han indicado algunos autores, a partir de s. VI a. C. se produce, de la misma manera que en Grecia, una evolución de las técnicas militares que otorgan ahora una mayor importancia a la infantería frente a la caballería. Los textos que se han conservado correspondientes al final de la época arcaica y que mencionan la caballería campaniense, son prácticamente inexistentes, pero algunos textos de hasta el s. III a. C. podrían demostrar según la autora una utilización importante y continua de la caballería hasta este momento, y más concretamente de algunas técnicas del *desultore* con función militar. Al estudiar algunos textos relativos a la creación del cuerpo de los velites por los romanos durante la toma de Capua que les enfrentó a los campanienses en el 211 a. C., la autora no sólo llama la atención sobre la importancia y superioridad que se concede a la caballería campaniense, sino también sobre el hecho de que los romanos pudieran haber copiado e integrado esta nueva técnica consistente en asociar la infantería ligera a la caballería, técnica que precisamente constituía la superioridad de la armada campaniense. Esta costumbre por parte de la armada romana de copiar e integrar las técnicas militares de sus enemigos que se han revelado eficaces, ha sido ya demostrada en otras ocasiones, por lo que la autora se permite enunciar la hipótesis de que la técnica utilizada por los velites pudiese estar inspirada en la de los *desultores* campanienses atestiguada ya desde finales del s. VI a. C. y que perdura después del s. V a. C., como demostraría un cráter de estilo campaniense de figuras rojas. El valor de la caballería campaniense se vería además demostrado por las fuentes escritas que defenderían la utilización militar de la caballería campaniense desde el s. V al s. III como mercenarios en numerosos conflictos. Esta utilización mixta de la infantería y la caballería, y por lo tanto de los diferentes modos de combate, se podría dejar entrever, según la autora, en un texto de Denis de Halicarnaso, que describe la batalla que opuso los cumeos a los etruscos en el 524 a. C., y en algunas fuentes escritas e iconográficas referentes al resto de la Península Itálica que parecen corroborar, hacia finales del s. VI a. C., la existencia de jinetes preparados mediante las técnicas de los *desultores* que ponen pie a tierra para combatir con la infantería en caso de necesidad. Este tipo de combate, heredero de la técnica de los «hoplitas montados» aparecería siempre calificado de bárbaro en los textos griegos. La autora le adjudica un origen etrusco alegando que ya aparece en uso a partir de finales del s. VI en toda la zona bajo su influencia.

En una segunda parte del capítulo, la autora se propone analizar el origen social de estos jinetes principalmente en base a un texto de Denis de Halicarnaso sobre la tiranía de Aristodemo. En él, parece describir un bando muy heterogéneo opuesto al tirano en el que convivirían jóvenes aristócratas a caballo, que, como ya hemos visto, constituyen el prototipo del caballero en la iconografía del momento, con aliados y mercenarios indígenas, y con prisioneros y esclavos. Los jinetes se identifican aquí tanto con la aristocracia de la cual surgía la oligarquía de los *hippeis*, como con los elementos exteriores al cuerpo cívico, producto de las relaciones familiares y clientelares que estructuran el cuerpo militar. En relación con esto, la autora analiza la figura de los mercenarios que aparece en el texto, y que describe como jefes indígenas, pertenecientes a las élites locales, que ponen sus tropas personales al servicio de una ciudad. Los relaciona con la figura del *capibanda* de A. Momigliano así como con dos tumbas de guerreros itálicas y con una tumba de la necrópolis de Cumes en Campania.

La autora concluye el capítulo indicando que tanto las fuentes arqueológicas como escritas parecen otorgar a estas prácticas ecuestres campanienses una importancia mayor que la de unos simples ejercicios de entrenamiento o de espectáculo, y considera que la caballería debía tener un papel mili-

tar central, que encajaría perfectamente con el tipo de combate no hoplita que llevarían a cabo estas poblaciones en época arcaica. Finalmente, subraya la importancia de la influencia eubea y etrusca en la evolución de estas prácticas ecuestres campanienses, sin por ello olvidar el papel que jugaron las élites indígenas.

El **sexto capítulo** se centra en el estudio de la caballería etrusca, igualmente importante a la hora de entender el desarrollo de la caballería en época arcaica y la génesis del orden ecuestre romano, hecho ya subrayado en la historiografía sobre el tema. La autora considera que al igual que en el caso campaniense, las representaciones de jinetes son ante todo la imagen, basada nuevamente en el modelo griego, de una clase social y de una edad, pero que no se puede negar que constituyen además el reflejo indirecto de unas prácticas ecuestres y militares concretas. La autora analiza el aspecto social a través del estudio de la Tumba del Barón de Tarquinia fechada en el 510 a. C. y más precisamente de su decoración pintada.

Tras una breve descripción de ésta, la autora describe de qué manera los jinetes que aparecen en ella han sido identificados con el culto de los dioscuros, y las atestaciones que de él se tienen en Etruria. Estas atestaciones de carácter únicamente epigráfico o iconográfico son todavía poco numerosas y difícilmente identificables en época arcaica. En base al estado actual de la investigación, se han identificado tres tipos de posibles representaciones de los dioscuros en Etruria en época arcaica, dos jóvenes sin caballos, dos figuras masculinas acompañadas de dos caballos que no montan y una pareja de jinetes. Para cada una de ellas, la autora realiza una revisión crítica de la documentación iconográfica existente, sin por ello negar la existencia de este culto en Etruria. En lo que se refiere a su origen, la autora acepta la hipótesis greco-oriental, es decir iónica, propuesta por M. Cristofani en base a la inscripción de la copa de Oltos. Estos orígenes iónicos y lacónicos, en el caso del culto a los Dióscuros, reflejado en los gemelos Castor y Pólux en Roma, influyen según ella los valores que se atribuyen a este culto en la Etruria arcaica. El valor de claro origen laconiano más reconocido sería el funerario, debido a que generalmente la documentación en la que aparecen Dióscuros etruscos proviene de contextos funerarios, y al papel psicopompo que tradicionalmente se les atribuye. Otros dos casos en los que hipotéticamente los Dióscuros juegan un papel serían la protección del *oikos* y la práctica de los *théoxénies* o *Lectisternes*, banquetes hechos en su honor. Finalmente, durante la época arcaica, se les habría dado una función de protectores de los jinetes. La autora se inclina por un mayor valor social que funerario y mantiene que aunque sí existía un culto funerario de los Dioscuros hacia finales del s. VI a. C. en Etruria, éste habría sido limitado. En el caso de la tumba del Barón, considera que éstos no aparecen representados.

Son varias las interpretaciones que se han dado a la iconografía funeraria arcaica. Frente a una corriente más tradicional que interpreta las imágenes como reflejo de los ritos funerarios que se llevaban a cabo, se perfila una interpretación más social, en la que las imágenes permiten al difunto afirmar su estatus social, y que se acerca a las conclusiones a las que la autora llega en los capítulos anteriores, es decir que las representaciones de jinetes también tienen un valor social, aristocrático, y que reflejan la categoría de edad de los jóvenes. La autora lleva a cabo una revisión de los trabajos recientes que ven en los jinetes el símbolo de la juventud aristocrática, adscribiéndose a esta interpretación y señalando que las tres parejas que aparecen en la tumba del Barón pertenecen a esta iconografía social y representan una de las generaciones del grupo familiar. Dentro de la iconografía funeraria arcaica etrusca se ha podido observar un sistema de representación del grupo por edades, que se puede poner en relación con la iconografía cívica utilizada en la decoración de los antiguos palacios. Pero a partir del s. VI a. C. la iconografía funeraria se hace más rica y aparecen motivos innovadores que se pueden poner en relación con una iconografía de tipo doméstico, en la que también se representa el grupo familiar y sus diferentes generaciones, siendo este tipo de iconografía el que aparece según la autora en la tumba del Barón, donde la clase de los adultos se simboliza mediante el consumo de vino y en la que se retrata un *komos* de tipo conyugal o incluso familiar. La iconografía en este caso presentaría una dimensión doméstica, en la que la educación de los jóvenes tendría lugar en el seno de la familia. Por lo tanto, como indica la autora, si bien la influencia griega es innegable en la formación de la iconografía etrusca, ésta se adapta en función de las necesidades locales. Finalmente, otro de los motivos empleados en la iconografía funeraria Etruria es el de una pareja de jinetes jóvenes, que puede, como en el caso esta tumba, tener diferentes valores según el contexto, pero que constituye una iconografía cívica y política en la que estos jinetes representan la juventud de la clase aristocrática. Aquí la autora propone además la interesante idea de ver bajo esta figura que aparece de manera recurrente en

época arcaica, la existencia de un *compagnonage* ecuestre, práctica que se conoce del mundo griego, y que puede referirse a las prácticas ecuestres imperantes en ese momento.

En el **séptimo capítulo**, la autora estudia la posición de la caballería dentro de la iconografía militar etrusca. Para ello analiza un ánfora del Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, que pese a su adscripción tradicional campaniense, parece ser según ella una producción etrusca y más precisamente de la ciudad de Chiusi, no sólo por el lugar de su descubrimiento sino también por el análisis estilístico de su decoración que la autora realiza en trabajos anteriores y que resume en esta obra, y para la cual propone una fecha de entre el 480-460 a. C. en base a la técnica de dibujo empleada.

Esta ánfora que podría retratar una escena de parada militar, un retorno victorioso de la guerra, constituye un documento interesante ya que permite discernir una cierta influencia etrusca sobre la iconografía campaniense y lucana, y más concretamente las relaciones que podían existir entre Campania y la ciudad de Chiusi. El tema del retorno victorioso de la guerra constituye una innovación etrusca que aparece ya desde época orientalizante y arcaica, a diferencia de Grecia donde se representa sobre todo la partida a la guerra. El ánfora puede además enmarcarse dentro de una serie de documentos de producción clusiana, que presentan innovaciones temáticas en relación con la iconografía del desfile militar a finales de la época arcaica, y que podrían ser el reflejo de las nuevas prácticas guerreras llevadas a cabo por los *capibanda* mencionados anteriormente. Además, constituye el primer documento en Italia donde se representa la figura del jinete victorioso, figura que la autora considera de origen itálico, pero que se integra perfectamente con la realidad etrusca, y que se distingue de las representaciones de los jinetes jóvenes y desarmados de la iconografía funeraria tarquiniense.

La autora considera este ánfora muy interesante ya que según ella permite además entrever la evolución de la iconografía ecuestre etrusca. Para ello, estudia la iconografía de las cerámicas de figuras negras de mitad del s. VI. a. C. en adelante, y a las cuales pertenece este ánfora. De este modo, la autora destaca que, si bien en las primeras cerámicas llamadas «pónticas» priman ante todo las representaciones no militares y la pertenencia del jinete a la categoría de edad de los jóvenes, en algunas cerámicas del pintor Micali y de los últimos talleres de Vulci, que suceden cronológicamente a las primeras, la iconografía adopta un carácter mucho más militar en el que la guerra está directamente evocada. Finalmente, en la cerámica tardía de figuras negras, cuya producción se localiza en la Etruria interior a principios del s. V a. C., la iconografía ecuestre se hace más variada. Además de la figura del joven jinete aristocrático, aparece la figura del jinete con barba y armado, e incluso se representan en la cerámica de Vulci escenas de combate. Con ello la autora concluye que a partir de finales del s. VI a. C., se tiende cada vez con más fuerza a exponer los valores militares, hecho que también se refleja en la iconografía ecuestre del momento. Esta nueva orientación de la iconografía se deja sentir también en la producción clusiana, como lo demuestra el análisis que hace la autora de varios documentos aislados, en los que además del joven jinete aristocrático que realiza ejercicios de entrenamiento, aparece la figura del jinete guerrero, reflejo tal vez de la evolución de las realidades militares y sociales, y de la que el ánfora del Vaticano sería un reflejo. Estos cambios llevan a las poblaciones etruscas e itálicas a desarrollar, en función de sus necesidades, nuevas figuras, que no aparecen en el modelo griego, en el que no prima el aspecto guerrero. La organización militar etrusca, a diferencia del sistema democrático ateniense, se basa en fuertes estructuras de tipo aristocrático, que sin presentar un carácter profesional, sí constituyen una clase guerrera con una función militar. La autora acepta la idea de un ejército a medio camino entre un ejército gentilicio y un ejército cívico, en el que el núcleo estaría compuesto por los habitantes de la ciudad y controlado por los jefes guerreros, los «*condottieri*», a los que están atados por fuertes lazos personales.

El **octavo capítulo** comprende el estudio del corpus de terracotas arquitecturales etrusco-latinas que aparecen en Etruria y en el *Latium* en el s. VI a. C. y en las que se representan teorías de jinetes. La autora centra su atención en el motivo de las cabalgatas, el motivo más frecuente y en el que los jinetes aparecen o por pares, como en la mayor parte de los casos, en los cuales el jinete sin armas es probablemente un escudero, o solos. Estas series de jinetes pueden ser de tipo agonístico, en cuyo caso llevan únicamente un armamento ligero, o de tipo militar, siendo la lanza y el escudo circular las armas más frecuentes, aunque también pueden llevar espadas, puñales, hachas, arcos y flechas, cascos con penacho o grebas. Ambos tipos de series son contemporáneos y se encuentran en las representaciones más antiguas, lo que según la autora demuestra la importancia de las representaciones ecuestres en las decoraciones de los edificios públicos y, de manera general, en las representaciones de terracotas arquitecturales. La autora afirma que no existe ninguna serie que represente una escena de combate.

Tradicionalmente, se ha otorgado a estas paradas un carácter puramente decorativo, lo que la autora contesta al hacer el análisis social de este corpus. En la actualidad se admite que estas terracotas arquitecturales son el reflejo de la élite social, para la cual la práctica de actividades ecuestres constituiría un signo de pertenencia, al igual que el *symposium*. Con el tiempo, esta iconografía se militariza, las representaciones de *symposium* y juegos se hacen más escasas mientras que las de cabalgatas y paradas se mantienen en uso e introducen el porte de armas. La autora rechaza la interpretación funeraria de estas terracotas y se inclina más bien por una interpretación social. Para ello, estudia una serie de textos en los que se describen varios juegos ecuestres de las ciudades de la Italia arcaica, y en los que éstos se llevan a cabo en ocasión de numerosos eventos en relación con la ciudad, como pueden ser ceremonias de iniciación, de fundación o de conmemoración de una victoria, rituales piaculares o de agradecimiento a los dioses, etc. La existencia de estos juegos confirmaría según la autora que se trata de sociedades ecuestres, en las que la posición central de las cabalgatas dentro de las terracotas arquitecturales aparece como algo lógico.

En su capítulo de **conclusión**, la autora realiza una síntesis de los resultados obtenidos, reagrupándolos en tres categorías distintas. Por un lado, en relación al terreno social, considera que las fuentes tanto arqueológicas como iconográficas o escritas, asocian el jinete tirrénico a los valores aristocráticos, hecho que se da en todas las sociedades mediterráneas antiguas, independientemente del tipo de gobierno que tuviesen. Estas fuentes también asocian la posesión e utilización del caballo a la cultura del lujo criticada por numerosos autores griegos, lo que contribuye a la imagen negativa de la caballería frente al tipo de combate hoplita. Por otro lado, estas mismas fuentes privilegian la imagen del hombre joven, al aparecer los jóvenes jinetes asociados a toda una serie de rituales juveniles de diferente índole, que en opinión de la autora son importantes a la hora de entender el origen del orden ecuestre romano. En relación al terreno técnico o militar, la autora admite una mayor importancia de la caballería como arma de guerra que la que le otorgan las fuentes escritas. La existencia de diferentes tipos de jinetes y de armamento implicaría, a su vez, diferentes métodos de utilización, y una considerable adaptabilidad por parte de estos combatientes. En opinión de la autora, a pesar de la imagen negativa que de ella tenía el mundo griego, la caballería debió constituir un arma bastante eficaz en época arcaica, como demostraría la existencia de un entrenamiento de muy alto nivel por parte de los jinetes. Finalmente, en relación con una historia de la Italia prerromana, la autora subraya la importancia de algunos conceptos como etnicidad o *frontier history*, que implican toda una serie de influencias e intercambios entre las diferentes poblaciones de la Italia tirrénica, etruscas, eubeas, aqueas e itálicas, pero también corintias e incluso laconianas o iónicas. Sus tradiciones ecuestres debieron jugar en mayor o menos medida, un papel determinante en el desarrollo de la caballería, tradiciones que Roma supo asimilar e incluso mejorar.

La autora concluye su obra con una revisión de los diferentes trabajos sobre los orígenes del *equitatus Romanus*. Sin entrar en el debate, admite la posible existencia de tropas de caballería en Italia ya desde el s. VII a. C., así como la influencia de las tradiciones ecuestres de estas poblaciones prerromanas en la formación y en el papel que jugará más tarde la caballería romana. En lo referente a su base social, la asociación histórica entre la aristocracia y los jinetes queda ampliamente demostrada no sólo en la Italia prerromana, sino en todo el Mediterráneo en época arcaica. El concepto de movilidad social permite sin embargo concebir la amplia base social gracias a la cual era posible reclutar un número tan importante de jinetes. Las prácticas ecuestres que aparecen tanto en la iconografía etrusca como romana, corroboradas por los textos romanos, reflejan la importancia política y militar de la caballería. Finalmente, la autora se suma a la tesis de A. Alföldi que ve en la caballería un arma eficaz de guerra de origen etrusco.

Este trabajo se inserta como hemos visto dentro de una novedosa línea de investigación que, rechazando un enfoque puramente institucional, permite a través del estudio de las diferentes poblaciones prerromanas en contacto con Roma, entender los diferentes matices e influencias que deben tenerse en cuenta a la hora de estudiar el origen y la evolución de la caballería. De manera muy sistemática y ordenada, la autora inicia cada uno de los temas abordados con una presentación detallada de la historiografía pertinente y una bibliografía muy completa. De manera general el trabajo se lee con mucho agrado y resulta claro y convincente.

CRISTINA FARNIÉ LOBENSTEINER

«LAS ARMAS ENTRE LOS HOMBRES Y LOS DIOSSES:
A PROPÓSITO DE DOS RECIENTES PUBLICACIONES»

M.^a DEL MAR GABALDÓN MARTÍNEZ: *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta* (Anejos de Gladius, 7. Instituto Hoffmeyer, CSIC. Ediciones Polifemo). Madrid. 2004. 500 págs. [ISBN 84-00-08282-6 y 84-86547-73-3].

M.^a DEL MAR GABALDÓN MARTÍNEZ: *Rituales de armas y de victoria. Lugares de culto y armamento en el mundo griego* (BAR International Series, 1354). Oxford. 2005. 238 págs. [ISBN 1-84171-699-5].

Coincidentes en el tiempo ven la luz estos dos trabajos de M.^a del Mar Gabaldón que, centrados en el estudio del armamento en el paisaje sacro del Mediterráneo antiguo, ahondan en la dimensión ritual de la guerra a través de una de sus más solemnes enunciaciones: la dedicación de armas a los dioses. Mucho más que catalogaciones de santuarios que deparan elementos militares –que lo son, y muy profusas–, ambas monografías tienen como principal objetivo la valoración de las armas como lenguaje de comunicación entre los hombres y sus dioses. Dicho con otras palabras, se trata de aprehender los comportamientos que llevan a las sociedades antiguas a amortizar las armas en el espacio sacro y, con ello, de descifrar la simbología que envuelve el ejercicio y la celebración de la guerra, esa caprichosa cuita a la que impulsan los dioses. No es éste un enfoque acostumbrado en la investigación, mucho más prolija en el estudio tipológico o funcional del armamento a partir de su constatación funeraria, y en la narración de la guerra como *praxis* política, socioeconómica o meramente militar. Por ello, y porque ambos trabajos están bien motivados y desenvueltos, son contribuciones especialmente bienvenidas.

La autora, actualmente profesora de Historia Antigua y Arqueología en el Instituto de Humanidades Ángel Ayala de la Universidad San Pablo-CEU, lleva años dedicada al estudio del armamento en la Protohistoria europea, con la particularidad de hacerlo desde la expresión ritual, lo que algunos dan en llamar «arqueología del culto». Y ello con base en un concienzudo análisis de la documentación primaria sin menoscabo de su naturaleza arqueológica, literaria o iconográfica, y de la producción bibliográfica moderna. Fruto de este esfuerzo son estos dos trabajos que tienen su génesis en la Memoria de Licenciatura [*Rituales de armas...*] y Tesis doctoral [*Ritos de armas...*] de la autora, leídas en la Universidad Autónoma de Madrid bajo la dirección del profesor Fernando Quesada Sanz. La guía de este especialista en la Edad del Hierro, que prologa ambos libros, se reconoce en no pocos aspectos del trabajo de su discípula, entre los que el rigor metodológico, la profusión documental y conjunción armónica entre lo textual y lo material, la visión integral y la diagnosis histórica, podrían tenerse entre los más señalados. No en vano la autora ha afianzado su formación participando muy de cerca en proyectos de investigación dirigidos por el profesor Quesada, como los dedicados al caballo o a los rituales y la jerarquización social en la Cultura Ibérica, de lo que dan cuenta varias de sus publicaciones.

De las dos obras objeto de esta reseña, la titulada *Rituales de armas y de victoria. Lugares de culto y armamento en el mundo griego* [en adelante *Rituales*], aunque editada en 2005, es la primera en gestarse y, como reza el título, constituye un estudio monográfico de la consagración de armas en el espacio griego entre las épocas Oscura y Helenística. No es extraño que ante la abundancia de referencias textuales y datos arqueológicos sobre religión y armamento en el mundo griego, y dado el ascendiente cultural de la Hélade, la autora haya fijado su primera mirada en este escenario. Por su parte, *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta* [en adelante *Ritos*], es un trabajo de mucho mayor empaque al integrar el análisis (de las armas en los santuarios) de cuatro escenarios geográficos diferentes: Grecia, la Península Itálica, Galia e Iberia. Huelga decir que, por su *wide range*, ésta es la obra definitiva que recoge lo esencial de la Tesis doctoral de la autora. Sólo el proceso editorial es responsable de que este trabajo mayor (*Ritos*), con toda su magnitud y laboriosidad, haya visto la luz un año antes que su «hermano menor» (*Rituales*).

Empezando la autopsia por *Rituales*, la obra se estructura en cuatro bloques precedidos de una clarificadora introducción (pp. 5-11) y un más parco pero suficiente apartado de conclusiones finales (pp. 151-155). El primer bloque, de carácter contextual, lo ocupa una reflexión sobre la interrelación guerra,

religión y ritual en el mundo griego que sirve de medido *approach* al lector (pp. 13-20); el segundo aborda en detalle el tema de la construcción del trofeo tras la contienda, dentro del ritual de victoria de los combatientes griegos, como antesala de la consagración en el santuario (pp. 21-37); el tercero es el detallado catálogo de armas (desde escudos y lanzas, hasta arreos de caballo) a partir de la relación de los santuarios que las registran, con un total de 103 yacimientos entre los localizados en el Egeo y los coloniales de Sicilia y Magna Grecia (pp. 39-85); y finalmente el cuarto bloque, sin duda el de mayor enjundia, se corresponde con el análisis del armamento en los *loca sacra*, en lo relativo a su registro, asociaciones y significados (pp. 87-150); este último apartado se eslabona en una serie de puntos tanto de orden documental como interpretativo que la autora afronta con solvencia. Entre las aportaciones más remarcables están las relaciones establecidas entre tipos de armas (ofensivas, defensivas...), categorías (expolios del enemigo, ofrendas de armas personales, tesoros o bienes de prestigio, instrumentos ceremoniales...) y divinidades, con especial incidencia en santuarios panhelénicos como Olimpia, Delfos e Istmia en Corinto, que son los que deparan mayor número de hallazgos. Por otra parte, también resulta sugerente la lectura de las ofrendas guerreras –su presencia y evolución en los santuarios– en relación con procesos históricos como la formación de la *polis* (la mayor concentración de armas coincide con la etapa de florecimiento de la ciudad-estado, siglos VII-V a.C., y sería un indicador de la rivalidad creciente entre estados durante el Arcaísmo) y la «reforma hoplítica» (en lo militar, las ofrendas en santuarios advertirían la paulatina sustitución de valores heroicos anteriores por otros cívicos más acordes al espíritu colectivo de la *polis*), si bien la autora muestra algunas reservas en este último sentido. Más particularmente merecen destacarse el tratamiento de cuestiones como la miniaturización de las ofrendas (pp. 131-140), donde Gabaldón después de presentar datos y teorías parece decantarse, siguiendo a D. Segarra, por la expresión de una «alteridad ritualizada» acaso relacionada con cultos de iniciación guerrera o rituales de efebía, como sugiere P. Brize; o la inutilización deliberada del armamento (pp. 140-145), conocida en muchos escenarios antiguos –no sólo en santuarios, también y sobre todo en tumbas–, que la autora, sin desestimar otras lecturas, asume como ritual de inflexión o «muerte simbólica» del arma que al doblarse o perforarse, esto es, al transmutarse como su otrora dueño –piénsese en el enemigo «anulado» al verse despojado de su panoplia–, pierde su función primigenia y se convierte en exvoto.

Del caudal documental del libro y de la competencia de la autora en la requisa historiográfica dan buena cuenta el extensísimo y actualizado repertorio bibliográfico (con más de 700 títulos) y un trabajado aparato crítico. Complementan el texto un aporte gráfico compuesto por ilustraciones de armas, reproducciones de rituales de guerra sobre cerámica o relieve, plantas de santuarios y un ilustrativo mapa final de hallazgos; junto a una serie de cuadros-resumen compendiando la información de los santuarios y, finalmente, un muy útil apéndice que recoge de forma resumida la información sobre rituales de armas en las fuentes grecolatinas, por orden alfabético de autores (pp. 151-194); constituye éste un *corpus* tan exhaustivo como oportuno que, hasta donde sabemos, no se había realizado con anterioridad. En el aspecto formal, el trabajo está bien editado y son pocos los errores tipográficos detectables: páginas en blanco (pp. 38 y 86), falta de espacio entre algunos párrafos, diptongos descolocados, erratas en la enumeración de los yacimientos del mapa...

Por su parte, como ya he dicho, *Ritos* profundiza en la temática de *Rituales* desde una perspectiva global y comparada al examinar los ceremoniales de armas en santuarios, en cuatro ámbitos del Mediterráneo antiguo y su periferia. Se pone así de manifiesto la progresión investigadora de la autora desde lo particular –el caso de un estudio aislado, el mundo griego– a lo general –el fenómeno en amplitud espacial–, esto último factible sólo desde un proyecto a largo plazo como el representado por una tesis doctoral, la que da origen al libro. La obra se inicia con una introducción en la que se exponen una serie de premisas sobre los contextos rituales y las variables funcionales de las armas desde su representación arqueológica (pp. 19-31), bien trabadas, y se cierra con unas conclusiones que tienen el mérito de ser depuradas y explícitas (pp. 369-382). De por medio, cuatro bloques correspondientes a los ya referidos cuatro escenarios: I) las armas en los santuarios griegos (pp. 33-167), II) las armas en los santuarios etruscos, itálicos y vénetos (pp. 169-265), III) las armas en los santuarios galos y galorromanos (pp. 267-334), y IV) las armas en los santuarios ibéricos (pp. 335-368). Cada uno de ellos (con excepción del último, mucho más escueto por la carestía informativa: como es bien sabido en la Cultura Ibérica las armas se descubren mayoritariamente en el espacio funerario, y son muy pocas las asociadas a santuarios) se nutre de un pormenorizado catálogo de lugares de culto reveladores de armamento, de un capítulo sobre la historia de la investigación, de una valoración de los repertorios documentales (literario, arqueológico, epigráfico e iconográfico) disponibles en cada caso, y finalmente de un ensayo interpre-

tativo sobre la dedicación de las armas en los santuarios: su tipología y función, su asociación a diversos cultos, los ritos de miniaturización e inutilización de ofrendas, etc. El bloque dedicado al mundo griego reproduce con leves adecuaciones el contenido de *Rituales*, excluyéndose el capítulo monográfico del trofeo griego y el apéndice con las referencias clásicas a los ritos de armas.

Un trabajo de estas características, por su contenido y amplitud, requiere de un buen planteamiento metodológico y una adecuada presentación y sistematización de los datos, cuando, como es el caso, se está barajando información de cerca de 300 santuarios diferentes. Ambos objetivos los cumple sobradamente la autora, cuyo texto se caracteriza por el orden expositivo y el buen manejo de la documentación. A eso se une un estilo directo y un tenor didáctico en el discurso, reflejado, por ejemplo, en el frecuente uso de interrogantes a la hora de introducir nuevos debates o articular temas entre sí (así, la sucesión de preguntas en las pp. 21-22, 110, 150, 155, 329, 337...), en ocasiones con cierta reiteración. En otro orden de cosas, entre el lirismo y la evocación de otros tiempos, son de agradecer las excelsas citas clásicas que abren cada capítulo (Homero, Jenofonte, Livio, Virgilio...) o, enriqueciendo el debate, las referencias a símbolos de victoria medievales y su ofrecimiento en iglesias y catedrales (pp. 24-25), lo que denuncia la atemporalidad de trascender a lo más alto la gratitud y magnificencia del triunfo sobre un enemigo. *Mutatis mutandi* ¿qué otra cosa sino eso cumple en nuestros días la ofrenda de trofeos deportivos a vírgenes y patronos de la ciudad del equipo vencedor?

En lo relativo a cuestiones formales, la obra es de impecable edición (más cuidada que *Rituales*, por el esmerado diseño de los Anejos de *Gladius* frente a los más austeros *British Archaeological Reports*), y no se desprenden erratas. El material gráfico es abundante y de calidad, perfectamente ajustado al texto; en especial los mapas de localización de yacimientos en cada ámbito de estudio (pp. 96-97, 201-202 y 294-296) y los numerosos cuadros-resumen compendiando los datos de los santuarios, resultan de gran provecho. El manejo de la bibliografía (con 109 páginas organizadas en seis secciones, una de obras generales, las correspondientes a los cuatro escenarios y la selección de fuentes clásicas) y el aparato crítico (con 865 notas a pie de página, en su mayoría de desarrollo) son excelentes, abrumadores. El exhaustivo conocimiento de la bibliografía, con títulos en más de seis lenguas diferentes, se comprueba con holgura en los capítulos dedicados a la historia de la investigación y, manifiestamente, en el inventario de yacimientos con ejemplos que hablan por sí mismos: sólo el santuario galo de Gurnay-sur-Aronde, sin duda uno de los más prolíficos en información, cuenta con 35 referencias bibliográficas distintas datadas entre 1983 y 2004, y el de Olimpia con 37, si bien dentro de un intervalo temporal mucho mayor (1881-2000).

En aplicación al título y su desarrollo, el tratamiento de los temas resulta equilibrado y completo. Y no, o no sólo, por tratarse de la primera monografía en lengua castellana sobre los ritos de armas y sus dedicaciones en santuarios, sino porque su análisis es ciertamente minucioso y contrastado. Se echa en falta, sin embargo, mayor ahondamiento en algunas cuestiones, la ampliación de escenarios de estudio o el tratamiento de aspectos complementarios sobre las armas en otros marcos simbólicos y funcionales.

Así, entre los temas menos escrutados está el de la asociación de las armas a contextos fluviales y su significación como depósitos votivos o rituales, algo bien conocido desde la Edad del Bronce en la Europa atlántica; en este particular, en su acepción como *cultural landscape*, ha trabajado en los últimos años con interesantes resultados la escuela anglosajona con R. Bradley a la cabeza. Aunque la autora se refiere a las ofrendas acuáticas en varias ocasiones (al reseñar los contextos rituales con presencia de armas: p. 22, nota 5; en relación con los santuarios lucanos y los ritos de paso: pp. 241-245; e igualmente su comprobación en la Galia: pp. 310-311), la importancia del tema merecería acaso un tratamiento individualizado de mayor extensión, pues parece que estamos ante uno de esos comportamientos *de fondo* del sustrato ritual indoeuropeo, sustentado en el papel del agua como elemento vehicular hacia el más allá. Algo parecido cabría decir del significado de las armas en otros contextos «especiales» que no serían ni tumbas ni propiamente santuarios; así, los abrigos o hendiduras rocosas en las que a veces se clavaban espadas que se han entendido como ofrendas a los dioses, sin desestimar otras connotaciones de carácter simbólico o estratégico-territorial. Aquí también la autora se limita a un comentario somero (p.363 y nota 858) donde refiere algunos hallazgos del Bronce Final en la Península Ibérica y los trabajos de M. Ruiz-Gálvez. Hubiera sido interesante precisar algo más sobre el sentido de las armas en estos contextos naturales para discernir siquiera si protagonizan un rito en sí mismo (una particular consagración guerrera), lo que las incluiría en la categoría de ritos de armas, o más bien son, como parece, elementos subsidiarios de una escenografía heroica, alegórica o funeraria de mayor calado. En este segundo caso, las armas conmemorarían a alguien (un difunto, un joven iniciado...) o algo (una frontera, un lugar de paso...), pero no serían el objeto preciso de la dedicación.

Otra perspectiva esbozada sólo por Gabaldón y en la que cabría profundizar más es la relación entre tipos de ofrendas, categorías de dedicantes y significados precisos; esto es, la asociación de determinadas armas a un «perfil de usuario» en atención a las características tipológicas de aquellas, su mayor o menor presencia en los santuarios... y otras deducciones implícitas, con la ventaja de disponer –un estudio como el que nos ocupa– de abundantes datos y un amplio cuadro comparativo. Así por ejemplo, como hipótesis tras una primera lectura, resulta tentador conceptuar las armas ofensivas como ofrendas individuales relacionadas con ritos de iniciación o con la afirmación del estatus personal de guerrero, lo que se comprueba en algunos contextos itálicos y en menor medida galos, donde predominan las armas de ataque; mientras que las defensivas (escudos y cascos), preeminentes en los santuarios griegos, podrían corresponderse con consagraciones colectivas de un grupo o comunidad política a partir de un triunfo militar o episodio bélico de alcance cívico. Dos modelos de ritualidad que, según tiempos y lugares, denunciarían distintos niveles de articulación sociopolítica.

Ello entronca con el viejo debate sobre la dualidad de las armas (valor militar *versus* valor ritual), a su vez deudor de otro de cariz contextual (armas en tumbas *versus* armas en santuarios); un binomio que en realidad no es antagónico pues ni se trata de «funciones» exclusivas ni de «escenarios» alternativos, sino más bien de comportamientos ecuménicos y por ello coetáneos, polivalentes y variables a un tiempo. Aunque esta dialéctica antropológica no es el *main aim* de la obra, en mi opinión la autora debería haber profundizado algo más en estos derroteros y particularmente, al menos en algún momento o en algún caso de estudio, en una lectura en paralelo de las «armas de los muertos» y las «armas para los dioses».

Asumiendo la complejidad de dar cabida en un trabajo ya de por sí dilatado a otros ámbitos más particularizados por su parvedad informativa y su carácter periférico, y sin que ello suponga dejar de reconocer la ingente labor realizada por la autora, a quien esto suscribe le hubiera gustado encontrarse, en capítulos adicionales, con el tratamiento de los rituales de victoria y la consagración de armas en otros escenarios de la Protohistoria europea: entre germanos y pueblos del Norte (materia que la autora conoce bien, pues no en vano le ha ocupado en varios trabajos, como el publicado hace pocos años en el *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* [40, 2000]), entre escitas y cimerios o, con más prioridad si cabe, entre los pueblos del ámbito indoeuropeo de la Península Ibérica. Es cierto que no son muchos los datos disponibles en la llamada Hispania céltica, pero, por poner un par de ejemplos, el depósito ritual del altar-santuario del castro céltico de Capote (en Higuera la Real, Badajoz), estudiado por L. Berrocal, donde junto a restos de un banquete colectivo se recuperaron *soliferrea*, elementos de lanza, cuchillos afalcatados y un posible umbo de escudo –amén de otras armas en los alrededores–, o las ofrendas miniaturizadas –más vasijas y herramientas que armas– de necrópolis vacceas como Palenzuela (Palencia) o Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), parecen referencias de interés para cotejar con lo conocido en otros ámbitos extrapeninsulares. Por no hablar de la parafernalia militar y la ética agonística de celtíberos, lusitanos y otros pueblos..., de lo que existe buen refrendo en las fuentes clásicas e iconográficas, y cuenta además con una consolidada tradición investigadora en nuestro país (basta con recordar las disecciones de F. Marco, G. Sopeña o P. Ciprés, por citar tres autores de un nutrido elenco de especialistas). A pesar de que entre los pueblos de la Meseta y el Occidente ibérico no hay por el momento dedicaciones de armas *stricto sensu*, al menos en la forma en que se descubren en las culturas mediterráneas que trata Gabaldón –entre otras cosas porque sus *loca sacra* son de distinta naturaleza y en general menos tangibles–, el rastreo de la ritualidad guerrera de estos pueblos (sacrificios previos al combate, declaraciones de guerra, insignias y estandartes, el reparto de botín, la heroización guerrera, el tratamiento de cautivos no sólo como rehenes sino también como «ofrenda» a los dioses...), a buen seguro, hubiera enriquecido el panorama general que persigue una monografía como la que comentamos.

Es de esperar que M. Gabaldón siga ocupándose del lenguaje de las armas y las expresiones guerreras –tanto sacras como profanas– en el mundo antiguo, inquiriendo en las líneas abiertas en sus dos primeros libros, o en alguno de los puntos aquí sugeridos. Con el deseo de que este trabajo pionero se vea acompañado de nuevas propuestas traducidas en publicaciones del interés y la calidad de las aquí reseñadas, habremos de permanecer atentos a la trayectoria de esta autora.

EDUARDO SÁNCHEZ-MORENO
Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid
Email: eduardo.sanchez@uam.es

CAMPBELL, Duncan B.: *Ancient Siege Warfare. Persians, Greek, Carthaginians 546-146 BC*, Osprey Elite 121, Osprey Publishing Ltd, Botley, 2005. 64 pages. ISBN 1-84176-770-0.

1. INTRODUCTION

«Ancient Siege Warfare» (Elite 121), written by Duncan B. Campbell and illustrated by Adam Hook, certainly deserves to be read and it is a pleasant reading indeed, which is more than can be said about some Osprey books.

Unlike Campbell's two previous Osprey titles¹, this book is not a technically minded work but rather a historically minded one, with only some minor technical references.

The reader must not look for controversy or astounding novelties inside, but the essay brings together a lot of different material from various sources –sometimes difficult to trace nowadays– in a concise and well-written primer on Persian, Greek/Hellenistic, Carthaginian and early Republican Roman siege warfare. Little or no room is given to futile speculation, while assertions are backed, whenever possible, with facts. A brief but relevant bibliography, correctly quoted in the body of the work, completes the book.

2. THE TEXT

The text starts with a clarifying classificatory introduction on siege techniques. If people inside a walled city or fortified stronghold refused to surrender, the attacker could only choose between starving them until capitulation by means of blockade or trying to drive his own troops inside the place by force (over, through or under the walls) or by treachery.

After the preface, the book is structured in six chapters, each one devoted to siege warfare during a specific cultural/chronological period: Achaemenid Persians, Classical Greece, the time of Dionysius I, Macedonian period, Hellenistic period and Roman Republic. In an overall sight, it seems striking that the Carthaginians, quoted on the title do not have their own section².

Each chapter has a main section, describing relevant siege episodes of the period in chronological order. The descriptions are based on Ancient sources and, wherever possible, contrasted against archaeological data coming from the actual places mentioned on them. To the above quoted main body are appended one or two useful short sections, devoted to specifically technical matters.

In my opinion, Campbell should have included a chronological table to help the reader putting at least in a minimal context the multitude of wars and battles mentioned on the text. I do not mean that such information cannot be attained from elsewhere without difficulty, but it is easy to get lost in the merciless succession –random, sometimes– of names and dates.

The chapter dealing with siege warfare of the Achaemenid Persians (Pages 6-15) is indeed an abrupt entrance into the last stages of Near Eastern siegecraft. Why has the author chosen this starting point? The Neo-Assyrian Empire (X-VII BC) had already raised the science of storming fortified places to a high efficiency level and Achaemenids probably just kept the machine going. To my mind, the choice is probably dictated by space constraints and by the fact that Persians were the first of the «Asiatic» Empires to collide against one of our reputed cultural forefathers, the Greeks.

The technical appendix strives successfully to refute some claims about Achaemenids possessing/using some kind of stone-throwing artillery.

Chapter two (Pages 15-23) gives us a surprising glimpse on the scarce poliorcetic abilities of Classical Greeks (VI-V BC), Athenians and Spartans, mainly. Campbell duly exposes that Athenians, allegedly the most gifted ones, relied mainly on scaling ladders or blockading, while Spartans and other Greeks seldom achieved any significant success against walls. Consequently, the technical appendix can only feature the imaginative Boeotian flame-thrower³, which, incidentally, was only useful against wooden fortifications.

¹ Campbell & Delf, 2003a and 2003b.

² Carthaginian siege warfare is split among the chapter on Dionysius I and that on Roman Republic. It is also rather odd that the first part of Roman period is dealt separately from the Osprey Elite companion volume «Siege Warfare in the Roman World», but it could be explained in terms of sheer distribution of contents to fill homogeneously sized volumes.

The situation was different at the Central Mediterranean, where Greek colonies entered in conflict with Carthaginian expansionism (Pages 24-30). This period has been termed that of Dionysius I by Campbell, after the famous Syracusan tyrant (406-367 BC).

Carthaginians had brought with themselves advanced siege technology from their Phoenician homeland and Dionysius, in order to fight them, was forced to a quick updating, which even led his army towards brand-new developments, like artillery of the non-torsion kind.

Two technical appendixes complement this third chapter: A short one on Carthaginian siege machines and a longer one, giving an overview of Aeneas the Tactician's contemporary treatise on how to endure sieges. This analysis leads Campbell to underline once more the appalling simplicity of pre-Macedonian Greek siegecraft.

Macedonian expansionism (359-323 BC), performed by Philip II and his son Alexander, is the subject of the following chapter (Pages 30-44). It was the beginning of a golden age for poliorcetics: Hectic and protracted sieges employing all sorts of siege engines, constructing assault mounds or even an artificial isthmus... Campbell vividly describes all of it in an agile way.

The accompanying short appendixes on machinery and artillery introduce the reader to this world of huge *helepoleis*, tortoises and torsion artillery, alongside to, for the first time, the names of engineers who designed them: Polyidus, Diades and Charias.

The dismembering of Alexander's empire created several powerful kingdoms, engaged in perpetual war among them. Hellenistic siege warfare (Pages 44-48) is epitomized by Demetrius «The Besieger» (c.337-283 BC), king of Macedon, famous as much for his gargantuan siege machines as for his huge failures. In stark contrast to that stand the totally unsophisticated contemporaneous early Roman poliorcetics (V-IV BC).

The technical appendix is devoted to Greek fortifications during the period (IV-III BC) and shows concisely the changes caused on the design of walls, gateways and towers by developing siege-machinery and artillery. Campbell reminds once more⁴ the readers of the unreliability of Schramm/Marsden's idea⁵ –nowadays still generally accepted– on two-armed stone-throwers functioning only as indirect shooters.

The last chapter (Pages 48-56) deals with siege warfare during Punic and Macedonian wars and also during the destruction of the Aetolian and Achaean Leagues (264-146 BC). Rome's expansionism had provoked a clash with her nearest powerful neighbours: Carthage and Macedon, while causing her to mingle deeply in the complicated Greek affairs.

First Punic War stressed the awful lack of siege technology on Roman side, exemplified by Campbell through some prolonged and fruitless operations. Things changed with Second Punic War. Hannibal was a very active besieger and forced Romans to become more acquainted with assault tactics and machinery. Under aggressive commanders like Scipio Africanus and Claudius Marcellus, Roman armies started gaining the necessary abilities, which led finally to the blockade, storming and destruction of Carthage itself by Scipio Aemilianus.

On the Eastern half of the Mediterranean, the last Antigonid kings of Macedon –chiefly Philip V and, later, his son Perseus– tried to stop the tide and, even if the final result was totally favourable to Rome, like in the Carthaginian case, the struggle was fierce. This time once more Roman poliorcetics lagged well behind that of their foes. Campbell emphasizes not only that Romans had their artillery mostly furnished by their allies Rhodes and Pergamon but also Roman unacquaintance with basic tactics like siege embankments and towers⁶.

The last technical appendix is dedicated to Philon of Byzantium's treatises (*Belopoeika*, *Poliorketika* and *Paraskeuastika*). Philon's works, in contrast with the previous one by Aeneas, reflect the full impact of artillery and siege machinery on Greek warfare.

Campbell ends his exposition with an epilogue (Pages 57-58). Unlike whatever else the title «From Cyrus to Scipio» might have suggested, the section is largely devoid of any historical or technical conclusions and oddly devoted to a rather unfeeling description of victors' cruelty towards conquered cities.

³ See note 10.

⁴ Campbell & Delf, 2003b: 21. Taken from Baatz, 1994. I share the same opinion.

⁵ Schramm, 1918: 14 note 1. Marsden, 1969: 89-92.

⁶ Page 55. Siege of Atrax, Livy 32.17.4-18.3.

I would certainly compel anybody writing about military matters to reserve always a short space for expressing the fruitless and blind brutality of war. Although it is unclear whether Campbell has failed to do it here or simply he did not intend to do it at all, I would have chosen a more appropriate heading for the epilogue, something like: «*Vae victis*».

3. THE B/W ILLUSTRATIONS AND DIAGRAMS

The B/W photographic material is, broadly speaking, pertinent and well selected. Its scope covers from aerial or overall views of the fortified cities mentioned on the text to significant photos of missiles and excavated city wall remains taken from archaeological reports. Several pictures of stone reliefs are useful to get us closer to the Ancients' mental cliché on how a siege looked like during Assyrian or Greek periods.

On the negative side, though the proportion awarded from this volume's B/W photographic material by Dr. Campbell to engravings coming from Chevalier De Folard's books⁷ is certainly less than that on one of his previous Osprey titles⁸, I cannot understand why he persists in using them so much. De Folard's reconstructions are today useful only as aesthetically pleasant curios and they should not take space in detriment of more useful graphic material.

The line diagrams are mainly devoted to maps and schematic plans of cities. Even if they look often too sketchy, they are nonetheless a useful help for the reader who, confronted to frequently unclear verbal descriptions, is able in this way to grasp at once the topographical situation of the city and the nature and size of the siege works.

A welcome bonus is the small group of diagrams reconstructing siege-machinery and anti-siege devices. I guess that they were intended for the author's previous book on the subject⁹ but maybe they didn't find their way into it. We can see the ingenious flamethrower¹⁰ used by the Boeotians in the Peloponnesian War, the anti scaling-ladders device proposed by Aeneas Tacticus¹¹, Diades' borer¹² and the rolling stone «dispenser» by Philon¹³.

4. THE COLOUR PLATES

Undoubtedly, a review on an Osprey book would not be complete without a reference to its colour plates, in the same sense that one «Osprey» could not be considered as such without them:

Plate A, re-creating the siege of Palaepaphos by the Persians (498 BC), gives a vivid image of its supposed final stages. The battering ram, of a perhaps somehow anachronistic Assyrian design, which is about to demolish the city wall's upper section is rendered as if having a wickerwork or wattle skin. Our only sources of information are wall reliefs, but it would not be over-imaginative to suppose that Assyrians or Achaemenids had devised some additional measure to render their siege machines more fire-proof than that¹⁴.

⁷ *Histoire de Polybe, Depuis la Seconde Guerre Punique jusqu'à celle de Macédoine, Traduite du Grec par Vincent Thuillier... Avec un Commentaire, ou un Corps de Science Militaire, Enrichi de Notes Critiques et Historiques par Jean Charles De Folard*. Six volumes, Paris 1727-1730.

⁸ Just 5 out of 43 B/W photos. A trifle if compared, for instance, to the astonishing 6 out of 18 on Campbell & Delf, 2003a.

⁹ Campbell & Delf, 2003a.

¹⁰ Page 23. Thucydides, 4.100.2-4.

¹¹ Page 28. Aeneas 36.2. Campbell's reconstructive proposal is acknowledged, without an exact quoting, as stemming from Garlan. YVON GARLAN (1974): *Recherches de poliorcétique grecque*. Athens, Ecole française d'Athènes. I have been unable to examine that book but Garlan's reconstruction does not seem to fit well Aeneas' description: Instead of hauling a panel with a rope to push the ladder sideways, I think that Aeneas is describing something quite different, perhaps a seesaw-like device which must be placed under the ladder when the latter is about to be lain against the wall.

¹² Page 29. The reconstruction, based on Lendle's one is incomplete, lacking the covering tortoise. See below note 28 on Plate F.

¹³ Page 50. Pol. 3.8-9.

¹⁴ In any case, this reconstructive proposal is a serious attempt, unlike the fanciful interpretation on Healy & Mc Bride, 1992: Plate B.

An inset with a schematic plan of the complex system of tunnels and sap dug by the defenders would have been of great help for the reader, confronted on pages 11-12 to a description not always easy to follow.

Finally, the interpretation of the widened upper tower platforms portrayed on contemporary depictions is architectonically unsound: If ashlar battlements were intended to overhang from a stone wall, it is unlikely that they would have been supported on wooden cantilever beams instead of on stone corbels. Of course, the real functionality of such feature is obscure and I am not going to be the one who suggests that they could be machicolations...

Plate B illustrates the Athenian army building the north branch of their siege wall against Syracuse (414 BC). Although the plate only shows a small feature from a vast blockade operation, it conveys in an instructive way the process of construction, from the heaped up piles of raw materials to the finished wall.

On plate C, Campbell reconstructs the culminant point of the siege of Motya by Dionysius I (397 BC), with a six-storey tower advancing towards the North Gate. An effort has been made in order to visualize the tower's structure and its means of propulsion, even if it is doubtful whether such handful of men could manage to move such a huge mass.

To my mind, the author transmits a too weak image of the Carthaginian North Gate. That image is unmistakably based on the reconstruction of the South Gate featured on one published archaeological report¹⁵. I do not deem appropriate to discuss here about the possible shortcomings of the aforesaid reconstruction, but it is anyway obvious that the North Gate was a much more serious architectural affair than its southern counterpart, as its very exposed tactical location and its actual archaeological remains denote. The gate structure was really complex: After a twist to the right, the attacker found a first double gateway, well recessed between the outer, paired bastions. Passing through it, he reached an open courtyard, leading towards a last barrier formed by three successive double gateways¹⁶. Furthermore, the quoted «mud brick debris» covering the causeway and other major architectural fragments recovered from the area¹⁷ seem to imply that at least the bastions/towers, if not the doorways themselves, enjoyed some kind of superstructures over the rampart's walk level.

Plate D is, in my opinion, the most spectacular one of the whole set and it certainly deserves the privilege of a double page. It stages one of the key moments of Alexander's laborious siege of Tyre (332 BC). The siege mole is nearing the island's fortified perimeter under cover of the artillery placed on the huge twin assault towers. The fire-ship mentioned by Arrian¹⁸, impelled by the wind and two¹⁹ triremes, is about to strike the mole and set the towers in flames.

Nobody knows how Tyre walls did look like²⁰. Campbell has chosen to liken them to the powerful, casemated walls of Side²¹. Some Tyrian defensive weaponry is set on the walls (catapults, fire-arrows, rawhide-covered screens and even a crane with an *harpax* on an scaffolding). It would have been nice to see here also an attempt to depict the bolt-deflecting, revolving wheels mentioned by Diodorus²².

The final assault of Scipio Africanus on Carthago Nova (209 BC) is the subject of Plate E. A rather straightforward siege as it was, Campbell has used it to show the simplest means of assault

¹⁵ Isserlin & du Plat Taylor, 1974: Fig. 20.

¹⁶ Whitaker, 1921: 169-171, 166 Plan C and 170 Plan D. Isserlin & du Plat Taylor, 1974: 69, 107 and Plan II.

¹⁷ Isserlin & du Plat Taylor, 1974: 76. Whitaker, 1921: 169. The picture could really have been even more interesting/complicated: Seemingly, at least the eastern bastion had been enlarged and a pair of extramural sanctuaries had been razed to the ground, probably in view of the impending Greek attack. Isserlin & du Plat Taylor, 1974: 78 and 74-75.

¹⁸ Anab. 2.19.1-5. I understand the passage in a somewhat different way than Campbell seems to do. To my mind, the fire-ship was not just «guided under sail» -p. 61-, but it was in fact being towed by the triremes to add momentum to that furnished by the breeze on the sail. Arrian states that the cargo ship had a crew and it had not much need of being guided, thus. Notwithstanding, as it was heavily ballasted, it would be in dire need of help to acquire a minimum velocity. In the final manoeuvre, the triremes probably counter-rowed and let the fire-ship «go» forwards.

¹⁹ Arrian says «some», implying perhaps more than two triremes.

²⁰ Our only information about them is Arrian's statement (Anab. 2.21.4): «Their walls opposite the mole were about 150 feet (44,35 meter, if Roman feet!) high, with a breadth in proportion, and constructed with large stones imbedded in gypsum». It can hardly be taken otherwise than as a blunder or a sheer exaggeration. See: Campbell & Delf, 2003a: 6 and fig.; Whitehead & Blyth, 2004: 184.

²¹ Marsden, 1969: 122-124 and 156 Diagram 3.

²² 17.43.1 and 17.45.3.

and defence: The Roman soldiers are trying to escalate using long ladders while a team under a *testudo* of shields is engaged hacking the gates. In the meanwhile, the defenders are pushing the ladders with poles, showering the attackers with arrows and throwing at them huge stones and tree trunks.

There is not very much to comment on this plate, except for the striking lack of any artillery, at least on the Carthaginian side. Strictly from an architectural point of view²³, the wide and flimsy stone door lintel could have hardly withstood the weight over it and an arch (or, alternatively, a relieving arch placed over the lintel) would have been a more sensible solution.

Plate F is almost as interesting and informative as Plate D is. Philip V's «textbook» siege elements at Echinus (210 BC) are clearly worth the depiction and Campbell deserves full praise for the choice. Moreover, the reconstruction fits well Polybius' account²⁴. From it, Campbell has rightly worked out that the twin ram-tortoises were similar to Diades' one, described by Athenaeus Mechanicus²⁵ and Vitruvius²⁶. Notwithstanding, Campbell's reconstruction of the ram-tortoises with pyramidal roofs and inclined sides leaves, in my opinion, the gallery's flanks rather unprotected, moreover when Polybius states that «The appearance of the work was very similar in style to the (city) wall. For the superstructures on the tortoises were in appearance and arrangement like towers... while the space between them was like a wall»²⁷. Tortoises with vertical sides would really have fitted more this image of «town wall with towers» than those on the plate²⁸.

Anyway, this question would not have attained much importance, because, regardless of how closely would have fitted the ram-tortoises the parapet at the starting position, the latter's sides would have been (or actually were) left equally exposed after both siege-engines departed to approach the city wall²⁹.

²³ Again, neither information on the gate nor its actual remains are available.

²⁴ 9.41.

²⁵ 12.12-14.3.

²⁶ 10.13.6.

²⁷ Polybius 9.41.2-3.

²⁸ Campbell & Delf, 2003a: 16-18 and fig. on page 18. Campbell is following Lendle's interpretation of Diades' siege-engine (Lendle, 1975: 42-43, figs. 17-18) as possessing a pyramidal roof and a high-placed ram. Against that reconstruction, among others, Connolly, 1998: 285, top fig. 1 and, more recently, Whitehead & Blyth, 2004: 99-103 and 196-197, figs. 4-5, put forward a longitudinally pitched roof and a low ram. I must say here that I agree with the latter ones about the ram, while I disagree with all of them about the shape of the roof. I shall try to explain it as succinctly as possible, but I beg beforehand your understanding for the following long *excursus*!

As usually, the problem starts when our sources –Athenaeus (12.12-14.3) and Vitruvius (10.13.6)– do not make clear the exact shape of the tortoise housing Diades' ram. Notwithstanding, both authors (Ath. 14.4-5, Vit. 10.13.7) declare that it is identical to the one sheltering the borer. Well, contrarily to what it is the norm with ancient diagrams, the late and carelessly copied manuscript F (Fragmenta Vindobonensia 120, olim 113. Österreichische Nationalbibliothek, Vienna.) preserves on fol. 28 v a surprisingly clear plan view of the borer. It was published for the first time by Wescher (Wescher, 1867: 11, Fig. I) but it has been reproduced quite often since then and it can be easily reached on Campbell & Delf, 2003a: fig. on page 19 or Whitehead & Blyth, 2004: 198, fig. 6.

On the above said diagram, the mechanism of the borer is depicted but also the outlines of its protective tortoise are schematically rendered. I think (and, of course, I cannot verify that my hypothesis is correct in any way!) that the transverse line at two-thirds from the tortoise's front represents the gable of a crosswise oriented pitched roof, with asymmetrical slopes to the front and back. Slight additional support to my interpretation comes from the arches (three depicted) intended to protect the moving beam's forepart (Ath. 14.12-15.2, Vit. 10.13.7): They start appearing still inside the tortoise's body, and that could only happen if they were emerging from a slanting surface.

The basic filler-tortoise from which the other tortoises were derived, is described –as usually, never clearly enough, since it would have been an indignity for an Ancient treatise-writer!– with strong hints pointing towards possessing a transverse pitched roof, with the back face forming an steeper angle with the base than the front one, too (Ath. 15.9-18.7, Vit. 10.14). This hypothesis is fully developed in Whitehead & Blyth, 2004: 110, 113-114 and 200-203, figs. 8-11. Against that and in favour of a hipped roof: Lendle, 1975: 13-15, fig. 5; Campbell & Delf, 2003a: 14-15, Plate A and Campbell, 2005.

Finally, why the front face of the roof should have a less steep angle than the back one had if its intended goal was only to deflect heavy blows coming from above? I cannot help mentioning that this feature, like on modern tanks and other AFV's, seems designed for glancing heavy frontal blows, coming mainly from two-armed stone-throwers (Ath. 18.6, Vit. 10.14.3).

²⁹ There is an apparent slight hint on Polybius' text towards the central gallery advancing jointly with the tortoises, but this idea can be fully discarded when the historian explicitly says later (9.41.12) that saps and siege machines started advancing towards the city but he fails to mention the gallery.

Plate G looks rather bleak. It features an aerial view of part of Scipio Aemilianus' siege-works at Carthage's isthmus (147 BC). Even though the plate is good for illustrating a convincing overall reconstruction of the hollow linear blockading and how it could work as fortified encampment for Roman troops, the sketchy and largely void picture would have done probably a better work as a smaller inset in the corner of a more detailed and richer close-view of Roman siege-works.

AITOR IRIARTE
Altube 4, 4E
48002 Bilbao - Spain

BIBLIOGRAPHY

- BAATZ, D. (1994): «Waffenwirkung antiker Katapulte». *Bauten und Katapulte des römischen Heeres*. Mavors Roman Army Researches Volume XI. Stuttgart, Franz Steiner Verlag. 136-145.
- CAMPBELL, D.B. (2005): «Review of Whitehead & Blyth 2004». *Brin Mawr Classical Review* 2005.07.63. <http://ccat.sas.upenn.edu/bmcr/2005/2005-07-63.html>.
- CAMPBELL, D. B. & DELF, B. (2003a): *Greek and Roman Siege Machinery 399 BC-AD 363*. New Vanguard 78. Botley, Osprey Publishing.
- CAMPBELL, D. B. & DELF, B. (2003b): *Greek and Roman Artillery 399 BC-AD 363*. New Vanguard 89. Botley, Osprey Publishing.
- CONNOLLY, P. (1998): *Greece and Rome at war*. London, Greenhill Books.
- HEALY, M. & Mc BRIDE, A. (1992): *The Ancient Assyrians*. Elite 39. Botley, Osprey Publishing.
- ISSERLIN, B. S. J. & du PLAT TAYLOR, J. (1974): *Motya; A Phoenician and Carthaginian City in Sicily, Vol. I; Field Work and Excavations*. Leiden, E.J. Brill.
- LENDLE, O. (1975): *Schildkröten. Antike Kriegsmaschinen in poliorketischen Texten*. Palingenesia 10. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag.
- MARSDEN, E.W. (1969): *Greek and Roman Artillery. Historical Development*. Oxford, University Press.
- SCHRAMM, E. (1918): *Die antiken Geschütze der Saalburg* (Reprint 1980, Beiheft zum Saalburg-Jahrbuch. Bad Homburg vor der Höhe).
- WESCHER, C. (1867): *Poliorkétique des Grecs*. Paris, Imprimerie Impériale.
- WHITAKER, J.I.S. (1921): *Motya, a Phoenician colony in Sicily*. London. G. Bell.
- WHITEHEAD, D. & BLYTH, P. H. (2004): *Athenaeus Mechanicus, On Machines*. Historia Einzelschriften 182. Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

CAMPBELL, Duncan B.: *Siege Warfare in the Roman World. 146 BC-AD 378*, Osprey Elite 126, Osprey Publishing Ltd, Botley, 2005. 64 pages. ISBN 1-84176-782-4.

1. INTRODUCTION

«Siege Warfare in the Roman World» (Elite 126), written by Duncan B. Campbell and illustrated by Adam Hook, is the companion volume of «Ancient Siege Warfare»¹, which has already been subject of my former review. That circumstance will allow me to avoid no few repetitions but, above all, will save the patient reader the effort of suffering them again!

Like its preceding companion, this book is a «must-have» introduction for anybody interested in learning about the subject.

2. THE TEXT

The beginning of «Siege Warfare in the Roman World» suffers some disorder from the arbitrary chronological end-point to «Ancient Siege Warfare» in 146 BC. It is difficult to make a cut into and

¹ Campbell & Hook 2005.

otherwise continuous series of events and that probably accounts for the necessity felt by Campbell of returning to the Echinus, Heraclea and Carthage sieges² on his Introduction.

The book shares the same structure than his precedent companion, i.e. an historical account followed by a technical appendix. Notwithstanding, this time the pattern becomes less obvious, as long as it does not repeat on each chapter. Since this volume is focused almost exclusively on Roman achievements, there is no need to divide it in several sections, each one of them devoted to siege warfare during a specific cultural/chronological period.

On the other hand, it is odd to notice that the time reviewed on the book spans until AD 378, while the historical account ends with third century AD and what remains is discussed briefly on an epilogue, in conjunction with the siege warfare of Rome's enemies.

The first chapter (Pages 5-12) is titled «Siege warfare in the late second century BC» when it deals basically with the Hispanic conquest wars but, otherwise, the episodes of Maccabees' struggle against Seleucid kings, now sitting rather uncomfortably at the beginning of the section, would have been totally out of place.

After a short introduction on Rome's ever-increasing involvement into Hispanic affairs after the end of Second Punic War, Campbell turns to the first inept Roman attempts to conquer the Numantine *oppidum*. The long, unequal and romantic struggle of this people against Roman Republic has caught the attention of many writers since the very Roman epoch. After A. Schulten's survey before FWW, archaeological remains of both the city and the surrounding Roman circumvallation were readily available to match the description on Roman sources, mainly Appian³.

Outside Spain, Schulten's reconstruction of Scipio's blockade, subjective and confuse as it is, is the main standing archaeological information. Campbell makes a useful analysis of shortcomings on Schulten's work and tries to give a more logical interpretation of the remains in the light of more recent research on the site.

Appian⁴ distinctly mentions that Scipio had constructed two camps (*stratopeda*), seven forts (*phrouria*) and an undetermined number of towers (*purgoi*) along the encircling wall, while he later added⁵ two more *phrouria* «in place of a bridge» (i.e. one in front of the other) to cut the traffic along Duero river. Thus, if we believe Appian (and the former historian standing behind him, most probably, Polybius), Scipio's circumvallation in its final state had two camps and nine forts.

The latest, to my knowledge, interpretative hypothesis of the Numantine circumvallation⁶ suggests two camps at Castillejo and Peña Redonda; seven primary forts at Travesadas, Valdevorrón, El Molino, Dehesilla, Peña del Judío, Alto del Real and La Vega; two confronted river fortlets at Schulten's supposed Scipionic bridge abutments. La Rasa («Raza») and El Cañal would jointly demarcate an earlier camp⁷. Nevertheless, only careful and methodical archaeological excavations, if anything, will add further light to this entangled question.

Chapter two (Pages 13-19) covers «Siege warfare in the age of Marius and Sulla». Campbell gives a vibrant account of the successive wars in which Roman Republic became involved, from 111 to 63 BC. Exciting siege episodes from wars against foreign aggressors –Jugurtha and Mithridates– and bitter civil wars as well –Social War and Marius vs. Sulla War– transmitted by Roman historians but, unfortunately, without any archaeological remain against which they could be contrasted.

The following section (Pages 19-31) well could have been named «Siege warfare in the Age of Cesar», were not for some final paragraphs devoted to civil struggle after his murder.

The author enhances Cesar's readiness to have complicated siege structures constructed against Gallic hillforts. Embankments as well as encirclements, if not both, along an epic campaign comprising 17 sieges.

According to its scientific relevance, a whole section of the chapter is dedicated to the famous blockade of Alesia. Campbell makes a laudable correlation between Cesar's own account⁸, that of

² Already discussed on Campbell & Hook 2005: respectively, 54 and 63; 55-56; 53-54 and 63.

³ Appian Hisp. 14.84-15.98.

⁴ Appian Hisp. 15.90.

⁵ Appian Hisp. 15.91.

⁶ Morales, 2005. An earlier hypothesis on: Morales, 2002. For complementary information on the blockade and the structure and fortifications of the *oppidum* itself: Jimeno, 2005: 239-245.

⁷ Morales, 2005: 254.

⁸ Bell.Gall. 7.69, 72-74.

Napoléon III⁹ and the results of the recent Franco-German survey¹⁰. Now it is clear the Cesar's description is only valid in an overall sense, while actual details can differ considerably from it. Notwithstanding, Campbell's harsh judgement on the nineteenth century exploration is probably excessive¹¹.

After Cesar finished his conquest of Gaul, he had occasion to continue showing his poliorcetic skills during his civil war against Pompey. Remarkable by all means was the siege of Massilia¹², which, yet again, has left no archaeological traces. A rather muddled account of the final wars of the Republic, including those of Octavian and Antonius' against Cesar's murderers, against rebel Jews, Parthians and Dalmatians, etc. ends the historical account of the chapter.

Campbell has appended a short section to this chapter to discuss whether there was any Roman rule/law enforcing the besiegers to spare cities that surrendered before the ram started battering their walls. It is a good point to prove that there was not such, like Campbell does, but this addendum should not have been linked to this particular chapter. First, because it covers events pertaining to the former chapter too and, second, because any general considerations should better have been attached to the technical appendix or to the epilogue.

Chapter four (Pages 31-32, 41-50) deals with siege warfare under Roman Principate (27 BC-AD 284). After a short review of the meagre available information for the Julio-Claudian era, Campbell extends more about the Jewish War, for which there are archaeological data to supplement Josephus' inestimable account.

An independent section has been allocated by the author to the emblematical siege of the war, that of Masada. Masada, like Numantia or Alesia owns all the ingredients to become famous: Romantic last-stand connotations, spectacular emplacement and/or surveyed siege works and a reasonably detailed Ancient written account of the episode. Campbell summarizes the current status of knowledge about the siege in a concise and agile way.

Historical sources sorely peter out for the second and third centuries and only the impressive archaeological remains from Dura and Cremna stand to allow Campbell to show that siegecraft maintained in the second half of third century the same high level of efficiency than before.

Campbell examines on the technical appendix (Pages 50-55) «The elements of Roman siegecraft», synthesized in the encampment, the circumvallation, the siege embankment and the siege machinery.

Circumvallations are nearly a hallmark of roman poliorcetics, but, contrarily to what is common belief among many scholars, Romans seldom had it as a first thought and only resorted to blockading when direct assault failed, as Campbell duly observes. Probably he has dedicated too much space¹³ to discuss the amount of confusion created by Napoléon III's mystifying use of the terms «contravallation» and «circumvallation» but, as anybody who has been forced to spend unnecessarily some time puzzled by this kind of subtleties on French papers, I tend to sympathize with Campbell.

The observations about the siege mounds are also very instructive. The unfinished embankments at Machaerus and Cremna allow Campbell to dismiss the questionable theory about embankments being constructed out of successive and complete horizontal layers and to reaffirm that they advanced towards the enemy wall, proceeding by successive steps of increasing height.

The section on siege machinery concentrates on the few Principate treatise-writers. While Vitruvius and Ateaneus seem to live in the Hellenistic past, Apollodorus' *Poliorkētika*¹⁴ displays a set of fresh designs to construct light and portable siege engines from small-sized timbers.

The book's Epilogue (Pages 56-59) has nothing to do with any kind of conclusions. Oddly amalgamated at this final point, stand two sections: «The siege warfare of Rome's enemies» and «Siege warfare in the fourth century». Campbell mixes on the second one siegecraft by the last organized Roman enemy before the Arabs, Persian Sasanids, with the final part of his historical explanation on

⁹ Napoléon III (1886): *Histoire de Jules César. Tome deuxième, Guerre des Gaules*. Paris, H. Plon: 316-323, planches 25-28.

¹⁰ Reddé, 1999 and 2005.

¹¹ In Reddé's opinion (Reddé, 1999: 142): «The excavations carried out since 1991 show, without doubt, the great reliability of the survey by Napoléon III and his men... Even if emendations are obviously necessary, the topography of the siege, as it was drafted on *Histoire de Jules César*, remains basically unmodified».

¹² Mainly, Bell. Civ. 2.1-15, 19-20

¹³ At least, for the standards of a short Osprey book.

¹⁴ Greek text and Italian translation, with photographs of the old diagrams, on La Regina, 1999: 18-77.

Roman siegecraft. The result is rather confusing but Campbell's final statement about Scipio, Sulla or Cesar probably feeling totally «at home» in any of fourth century AD sieges, is particularly fortunate.

3. THE B/W ILLUSTRATIONS AND DIAGRAMS

The B/W photographic material is estimable, although somehow more restricted in scope than that of the former volume. Aerial/overall views are cleverly researched and they not only serve as topographical explanations but many of them show as well actual features of the sieges performed at the sites.

Again, significant photos of missiles and excavation snapshots taken from archaeological reports form the second group in weight. This time, the pictures of stone relieves are few and of little help, but those showing modern reconstructions of war-machines and fortifications make up for it.

Fortunately, antique engravings by Chevalier De Folard have dwindled –even if not utterly disappeared yet– and been replaced with more useful ones from Napoléon III's work on Julius Cesar.

The line diagrams are again mainly devoted to maps and schematic plans of cities. This time, all the plans are useful renderings of Roman circumvallations, from most famous ones (Numantia, Alesia, Masada, Cremna) to other not so renowned but equally interesting (Bettir, Narbata). To these, Campbell has adjoined three re-drawn details: a remarkable longitudinal section of the Masada ramp¹⁵, a plan of Dura SW corner and a quite unconvincing reconstructive cross-section of one of the Roman interval towers at Numantia.

It is a pity that none of those useful diagrams reconstructing siege-machinery and anti-siege devices seen on the first volume has found its way into this second one.

4. THE COLOUR PLATES

The set of colour plates illustrating this volume is, in my opinion, of less quality than that on its companion «Ancient Siege Warfare». Surely Adam Hook has convincing reasons to account for it, but plates D and F, in particular, are rather substandard.

Plate A features Mithridates' sea attack on Cyzicus (73 BC) during the Third Mithridatic War. Campbell's choice of a *sambuca*¹⁶ over two lashed warships as the central event on the Plate is rather surprising. Appian's account¹⁷ describes the device clearly as a tower with some kind of drawbridge, not a *sambuca*. Certainly, the cursory description of the machine can remind superficially that of a *sambuca*, also mounted on two ships and carrying four men on the platform¹⁸, but, if the siege engine would have been such, then the Cyziceans would have barely had reasons to feel «dumbfounded by the novelty of the device»¹⁹.

The author could have been equally satisfied without departing from the historical sources. If he wanted to show the flashy siege-ladder, why not represent then Mithridates' failure with a *sambuca* at Rhodes 15 years earlier (88 BC), during the First Mithridatic War?²⁰

Of course, the tower attested at Cyzicus is also depicted on the Plate, but rather as a detail-less draft, without any trace of the assault bridge.

Returning to the *sambuca*, the reconstruction on Plate A agrees basically with Poybius' portrayal²¹ but lacking apparently any trace of the pulleys attached to the ships' masts²², when their absence would

¹⁵ On page 45. It is remarkable how expressive this little sketch is: It tells at a glance the extent of the original natural outcrop, the steepness of the ramp and, even so, how high the battering ram had to be placed on the assault tower to reach the fortress' wall.

¹⁶ Polybius 8.4.2-11 describes the shipboard *sambuca* in some detail. About *sambuca* in general: Marsden, 1971: 90-94; Campbell & Delf, 2003a: 24, 33, Figs. on pages 22 and 23 and Plate B.

¹⁷ Appian Mith. 12.73-74.

¹⁸ Polybius 8.4.2, 8.

¹⁹ Appian Mith. 12.74. *Sambuca* were in use at least since Marcellus attacked Syracuse in 213 BC. Of course, the phrase could just be a commonplace. Appian had written earlier, Mith. 12.27, that «the Rhodians were most dismayed by the *sambuca*», although he does not mention it as a novelty, like he does regarding the tower.

²⁰ Appian Mith. 12.26-27.

²¹ Polybius 8.4.2-11.

²² Polybius 8.4.5.

have rendered the operation impossible. On the other hand, it would have been realistic to depict men at the bows, supporting the ladder with props, also mentioned by Polybius²³. The capstans at the sterns are a sensible solution, but there is no source for them. I feel likewise that just two ropes for holding the whole apparatus are too few, both in terms of material feasibility and of really resembling a «harp». I suggest that it would be better to insert several pulleys for ropes at regular intervals along both masts.

To end, just a remark on the ships themselves. When the sources mention that detail, they usually tell that quinqueremes —«fives»— were the kind of ship joined in pairs to form the base for siege machines²⁴. «Fives» were not much longer than «threes» but they were sturdier and, most important, had a wider beam.

Plate B shows the siege of Avaricum (52 BC)²⁵. Cesar's idea was to disembark troops on the walls by means of a pair of assault towers, each one of them having a drawbridge. He had been compelled to follow such tactic because, as he had previously pointed out, battering-rams were useless against the *muris gallicis*²⁶. In the end, after the Gauls all but succeeded in setting mound and towers ablaze, it seems that the final assault was performed by only one of the two towers²⁷.

The reconstruction is a very welcome departure from the «time-honoured» and fanciful «funeral pyre» envisaged by General Jean-Baptiste A. Verchère de Reffye in the Nineteenth century. Lacking any actual archaeological remains of the site or siege structures, the proposal by Campbell & Hook is a much more reasonable one, with only one wide ramp and without the far-fetched «artillery gallery» which Verchère de Reffye produced out of his hat. The sides of the ramp are, nevertheless, completely constructed out of interlocked logs but that is the only way of stabilizing them²⁸. Perhaps the Gaul counter-towers should have been depicted with their full fronts covered by fresh skins, but that must remain, of course, totally speculative. Strange as it might seem, instead of only one gate at this point of the *oppidum* walls²⁹, there were seemingly two of them, one to each side of Cesar's towers³⁰. Finally, Cesar and Cassius Dio³¹ set the action in a miserably wet and windy winter context, which could have added some «atmosphere» to the Plate.

One episode of crisis during Cesar's blockade of Alesia (52 BC)³² is the topic chosen to illustrate an interesting updated view of the famous fortifications on Plate C. The Gallic relieving army tried to overrun the outer Roman ring while the besieged were supposed to do the same to the inner one. The chosen spot were «the fortifications in the plain», which can be confidently identified with the section at the «Plaine des Laumes».

Campbell & Hook's reconstruction follows closely the results of the recent French-German excavations³³ but it takes advantage of the occasion to offer a higher point of view, which allows the interior of *castellum* 4bis³⁴ to be shown.

It must be noted, however, that the bitter fight is pictured as happening on the inner line. That episode is removed from the facts, as Cesar reported them, because the besieged were not even able to

²³ Polybius 8.4.6.

²⁴ At Syracuse, Polybius 8.4.2 and Livy 24.34. The eight «fives» lashed together quoted by Plutarch, Marc. 14.3, 15.3-4 are a blunder. At Cyzicus, Appian Mith. 12.73.

²⁵ Bell. Gall. 7.17-28. Specially, 7.17.1, 18.1, 22.1-5, 24.1-5, 25.1-4, 27.1-3.

²⁶ Bell. Gall. 7.23.5.

²⁷ Bell. Gall. 7.27.1.

²⁸ Unless they were retained by stone or brick walls, naturally. Abundance of wood and constructive traditions on the area would have made interlocked logs an almost natural choice, anyway.

²⁹ Being its only narrow entrance point, it is logical to suppose that Avaricum's main gate was placed there, as it is depicted on Campbell & Hook's Plate.

³⁰ Bell. Gall. 7.24.3.

³¹ Bell. Gall. 7.24.1 and Cassius Dio 40.34.3-4.

³² Bell. Gall. 7.81-82.

³³ See Reddé, 2005: 62. Watercolour by J.P. Adam, IRAA-CNRS and C. Adam. It shows no *cippi* and only six rows of staggered *stimuli* between the outer paired ditches and the inner one, while on Campbell's Plate C the six lines are interpreted as small *lilia*. The absence of *cippi* is striking when Reddé identified two rows of features as foundations for *cippi*. Reddé, 1999: 127, 128 and 129 fig. 2 top.

It is also instructive to examine the successive published reconstructions of the fortifications at the Plaine des Laumes by Peter Connolly: From a first one, totally «Cesarian/Napoleonic» (Connolly, 1975: 32) to the most recent one, still keeping the three-storied Napoleonic towers but already incorporating the outworks discovered during modern excavations (Connolly, 1998: 292).

³⁴ Reddé, 1999: 132-134, 141 Fig. 6.

reach the inner ring of fortifications before they knew of their countrymen's retreat from the outside and thus they returned to the town³⁵.

Double Plate D is, I am afraid, too feeble in several ways to deserve the honour place on the book. It is not a problem with the choice of matter, which is really appropriate: Among the several siege episodes during the First Jewish Revolt, maybe that of Jotapata (AD 67) is not the most spectacular or notorious one³⁶ but it is technically very interesting and Josephus³⁷, who was in charge of the town's defence, furnishes a detailed first-hand account of it.

The drawing itself is rather poor. The terrain is rendered unconvincingly as some kind of coarse rubble, hardly discernible from that constituting the Roman ramp. Besides that, several details do not fit well the surviving account or the circumstances³⁸:

Josephus hastily describes the Roman ram-tortoise³⁹. There is not enough information for a confident reconstruction of the machine and Campbell has chosen to display the ram-tortoise presented on Apollodorus' *Poliorkētika*⁴⁰. Leaving aside concerns about supposing already in use an element described for the first time ca. forty years later than the siege of Jotapata, I think that Campbell should have used here too a second tortoise or shelter for protecting the ramming-crew. It is implicit on Josephus' description⁴¹ that the covering of wickerwork and hide protected both ram and men moving it.

Additionally, *vinea*, like those depicted on Plate B, should be present over the siege-mound, simply because Josephus mentions them⁴².

The tree-trunks protruding from Roman ramp seem to be too few to give the rubble mass enough effective cohesion, but only a deep analysis of the Masada mound could bring some light on the quantity of timber really employed by Roman military engineers to construct these structures⁴³.

Last, but not least, the portion of city wall which was raised in height as a countermeasure against the growing Roman mound, should have been battlemented if it was going to be of any help for the defenders.

Back in time, Plate E figures the future emperor Tiberius watching his troops storming the rebel Dalmatian hillfort of Andetrium (AD 9)⁴⁴.

The almost theatrically staged attack is well rendered but Hook has somewhat failed to depict the extremely difficult character of the terrain, which in Cassius Dio's words⁴⁵: «was full of gullies and at many points was cut up into ravines».

Plate F is a really wasted opportunity and, if you ask me, totally superfluous for the book. The scene re-creates a moment in the famous siege of Dura (AD 255-257), unfortunately not recorded by the historical sources.

Why a wasted opportunity? The picture is a detail one. I shall return later to it but I must say now that I cannot think of a siege of the period more suitable than the Dura one to originate small/medium scale reconstructive drawings. There we have well documented at least an assault ramp, two Roman towers undermined and two mines going into the town on Persian side, against two countermines, one of them in its turn undermining the Persian ramp, on Roman side⁴⁶. Maybe Campbell has felt that it

³⁵ Bell. Gall. 7.82.3.

³⁶ As compared to those of Jerusalem or Masada. A remarkable reconstructive series by Connolly covered them in detail (Connolly, 1983: 82-93) while dealt only briefly with Jotapata (Connolly, 1983: 77)

³⁷ Bell. Iud. 3.158-288, 316-339.

³⁸ Archaeological explorations were carried out at the site during the nineties but I have not had access to any published report on them.

³⁹ Bell. Iud. 3.213-216, 220.

⁴⁰ Apollodorus 153.8-161.8. La Regina, 1999: 60-62. Campbell & Delf, 2003a: 40-43, Fig. on page 46 and Plate G.

⁴¹ Bell. Iud. 3. 220.

⁴² Bell. Iud. 3.163-165. For that purpose, it is useful a diagram by Campbell depicting a siege embankment with a row of *vinea* on it. Campbell & Delf, 2003a: Fig. on page 35.

⁴³ There was certainly supply of timber at Vespasian's disposal («they had cut down all the trees on the mountains that surrounded the city» Bell. Iud. 3.162), but there is nothing clear on its quantity or quality. Perhaps Connolly includes too much timber for which could be available in the Jotapata area on his reconstructive drawings. Connolly, 1983: 77. Notwithstanding, even the infinitely more remote ramp at Masada enjoyed some timber in its structure.

⁴⁴ Cassius Dio 56.12-14.

⁴⁵ Cassius Dio 56.13.5.

⁴⁶ For reconstructed accounts of the siege, see: Leriche, 1993: 84-86. James, 2004: 30-33.

might be redundant to publish another reconstruction of the siege ramp area, after James' excellent work on it⁴⁷. Notwithstanding, in my opinion, a new reinterpretation would have been a desirable complement rather than a reiteration: We must not forget that one of the main tasks fulfilled by Osprey books is that of making available to a much wider public information initially published on other more specific, often expensive and hard to trace, books.

Let us suppose that innovation would have been preferred, in spite of the aforesaid reasons. Well, in that case, even if it is not as showy as the former area, the system of Persian mine/Roman counter-mine under Tower 19⁴⁸ could have provided, however, a solid base for an appealing reconstructive middle-scale cutaway, which would have been an excellent choice for Plate F.

Returning to Plate F as it is now, I must say that, to my mind, the painting lacks dynamism and has failed to convey the claustrophobic and dirty atmosphere of mine fighting. Moreover, it does not fit the archaeological facts⁴⁹: Given that the fallen Persian is shown in the stance of being dragged back to his lines by his companions (Which could be correct⁵⁰), we must suppose that the picture is located inside the Roman countermine but, then, the crouched Roman soldiers couldn't be «breaking» into the Persian tunnel. On the other hand, if the Persians were retiring, they could only have done that after blocking the countermine with bodies of Roman soldiers⁵¹. Anyway, the grim clash was already finished by that moment and the routed Romans had retired to the city. Probably the Persians were in a hurry about making the Roman tunnel collapse and that would account for leaving their dead man⁵² behind. After blocking with a rubble wall the entrance, they finished their sap work and set the props in fire, to make the Roman tower and wall section fall down.

An additional problem to this plate is that more or less serious blunders about military equipment, which are easily overlooked on tiny figures accompanying small-scale general views of sieges or machinery, show blatantly on detail scenes like this one.

Not only there is a dire dearth of information about Third century Sassanian equipment but, in particular, all our current information comes from Tower 19 countermine archaeological context. The dead Persian's helmet⁵³, sword⁵⁴ and mail shirt⁵⁵ are depicted on the Plate, albeit in a somehow imprecise way, due to the figure's position. Perhaps to make up for it, his two comrades are dressed in identical shirts, conveniently offering front and back views. Nevertheless, the helmets they are wearing are based on one of the two «Nineveh» helmets at the British Museum⁵⁶. That helmet is of uncertain date, but very probably later than the event illustrated⁵⁷.

Regarding Roman soldiers featured in the background, all I can say is that it would have been desirable to place them further far-away, just to avoid the vision of their helmets, which are totally unlike anything worn by Roman soldiers of the period⁵⁸ (To make things worse, no trace of helmets was located among the profuse equipment associated with the Roman skeletons, which leads to conclude that they fought bareheaded inside the mine⁵⁹) The choice of the motif on the Amazon shield's back as front blazon for the depicted Roman shields is an interesting but uncertain educated guess⁶⁰.

⁴⁷ Three detailed reconstructive line drawings, showing three successive stages of the fight in the area. James, 2004: 34-35 Fig. 11.

⁴⁸ Leriche, 1993: 84-85, 91 Fig. 3 and 92 Fig. 4. James, 2004: 32-33, 34-37 Figs. 12-15.

⁴⁹ See the preceding note.

⁵⁰ But, apparently, he had been dragged by the feet and, hence, towards the Roman side! James, 2004: 116.

⁵¹ James' hypothesis, including this detail, is the only one to the date which makes nearly all the archaeological data fit. James, 2004: 37.

⁵² Not a common soldier, judging from his preserved equipment.

⁵³ James, 1986: 120-127 and James, 2004: 101, 104-105. (item 371)

⁵⁴ At present, only its jade pommel survives (item 532). James, 2004: 142, 151.

⁵⁵ James 2004: 116, 117 Figs. 52-55 (item 379)

⁵⁶ BM 22497.

⁵⁷ James, 1986: 117-120.

⁵⁸ I think that no further explanation should be necessary. Moreover, the scarce Roman helmet fragments recovered from Dura are indistinguishable from their Western counterparts. James, 2004: 101, Plates 12 and 13.

⁵⁹ James, 2004: 102.

⁶⁰ James, 2004: 179 Plate 8. James thinks that this motif –On blue background– could be really a unit blazon. James, 2004: 166. Shield board fragments recovered from the mine are recorded on the excavation reports as plain pink in colour. James, 2004: 276.

The unsuccessful siege of Hadrianopolis by the Goths, after crushing Valens' army in the homonym battle (AD 378), is the subject of Plate G. This combat was a fairly unsophisticated affair, performed by inept besiegers who got frightened at the only sight of Roman heavy artillery in action⁶¹. Campbell exploits this opportunity to show his proposed reconstruction of the *onager*⁶². The structure envisaged by the authors to act as a base for the machines and hauling them to rampart level is really interesting, even if it is doubtful whether the log revetment, lacking any visible means of transverse binding, would not rather slide down the slope.

To make up for our lack of knowledge about the walls of Hadrianopolis, Campbell has used as a source those of Xanten, conveniently modified. Oriental fortifications tend to be more complicated than Occidental ones, due to Hellenistic heritage⁶³, but it is reasonable to accept that those far from active besiegers, mainly the Persians, could be simpler. Yet for Occidental standards, the section between the gate towers should have had one or more storeys over the wall-walk level⁶⁴.

I cannot help thinking that it would have been more instructive and attractive to depict on this Plate any episode of the many interesting ones happened during the siege of Amida by Shapur II (AD 359). Not only we possess a detailed account by Ammianus Marcellinus of the complex and dramatic operations⁶⁵ but also the city defences survive to a certain extent⁶⁶.

AITOR IRIARTE
Altube 4, 4E
48002 Bilbao - Spain

BIBLIOGRAPHY

- CAMPBELL, D. B. & DELF, B. (2003a): *Greek and Roman Siege Machinery 399 BC-AD 363*. New Vanguard 78. Botley, Osprey Publishing.
- CAMPBELL, D. B. & DELF, B. (2003b): *Greek and Roman Artillery 399 BC-AD 363*. New Vanguard 89. Botley, Osprey Publishing.
- CAMPBELL, D. B. & HOOK, A. (2005): *Ancient Siege Warfare. Persians, Greek, Carthaginians 546-146 BC*. Elite 121. Botley, Osprey Publishing.
- CONNOLLY, P. (1975): *The Roman Army*. London, MacDonald Educational Ltd.
- CONNOLLY, P. (1983): *Living in the times of Jesus of Nazareth*. Oxford, Oxford University Press.
- CONNOLLY, P. (1998): *Greece and Rome at war*. London, Greenhill Books.
- GREGORY, S. (1995): *Roman Military Architecture on the Eastern Frontier*. 3 vols. Amsterdam, Adolf M. Hakkert-Publisher.
- IRIARTE, A. (1997): «La muralla tardorromana de Iruña/Veleia». *Primer coloquio internacional sobre la romanización en Euskal Herria*. Isturitz 9, Vol. II: 699-733.
- JAMES, S. (1986): «Evidence from Dura-Europos for the origins of Late Roman helmets». *Syria* LXIII: 107-134.

⁶¹ The account of the siege on Ammianus 31.15. The episode with the Goths frightening at the artillery: 31.15.12.

⁶² Campbell & Delf, 2003b: 42-43, Plate G.

⁶³ Gregory, 1995: I, 40-41.

⁶⁴ The Porta Nigra at Trier is a good example. In fact, the North Gate at Xanten has been reconstructed with one floor over the parapet at this point. For additional sites, see Iriarte, 1997: 716-717, 721 Fig. 1, 722 fig. 4 and 723 Fig. 5. About tower heights, Gregory, 1995: I, 173-174.

⁶⁵ Ammianus 19.1.1-8.5. The Persians constructed assault ramps under cover of four ironclad towers, each one with a *ballista* on its top. In the meantime, several Persian archers took surreptitiously a strong wall tower and could only be dislodged from there by placing over four small *ballistae* against their position. The Romans positioned four *onagri* opposed to the Persian towers and managed to knock them down and burn them later. As the Persian mounds continued growing even so, the Romans erected counter-mounds inside the walls to counteract them but, suddenly the Roman mound (or one of the mounds) collapsed outwards and filled the gap between the city wall and one Persian assault ramp. Through that opening, the attackers entered the city and sacked it at leisure.

⁶⁶ Modern Diyarbakir (Turkey). It is not totally clear, however, if some of the surviving fortifications date from Constantius' time or later (Valens, Justinian) but some advanced features could have developed earlier on the exposed Persian frontier than elsewhere in the Empire. Gregory, 1995: II, 59-65; III, Fig. C.1.1-C.1.9. The towers and gates were certainly not so squat as they appear on the reconstructed drawings.

- JAMES, S. (2004): *Excavations at Dura-Europos 1928-1937. Final Report VII. The Arms and Armour and other Military Equipment*. London, The British Museum Press.
- JIMENO, A. (2005): «Numancia y los campamentos romanos: Investigación y recuperación del pasado». *Arqueología Militar Romana en Europa*. Segovia, Junta de Castilla y León - Universidad SEK: 237-249.
- LERICHE, P. (1993): «Techniques de guerre sassanides et romaines à Doura-Europos». *L'armée romaine et les Barbares du IIIe au VIIe siècle*. Mémoires publiées par l'Association Française d'Archéologie Mérovingienne V: 83-100.
- MARSDEN, E. W. (1971): *Greek and Roman Artillery. Technical Treatises*. Oxford, University Press.
- MORALES, F. (2002): «La circunvalación Escipiónica de Numancia: Viejos y nuevos datos para una reinterpretación». *Arqueología Militar Romana en Hispania. Anejos de Gladius*, V: 283-291.
- MORALES, F. (2005): «Los campamentos y fuertes romanos del asedio de Numancia». *Arqueología Militar Romana en Europa*. Segovia, Junta de Castilla y León - Universidad SEK: 251-258.
- LA REGINA, A. (Ed.) (1999): *L'Arte dell'assedio di Apollodoro di Damasco*, Roma, Electa.
- REDDÉ, M. (1999): «César ante Alesia». *Las Guerras Cántabras*. Santander, Fundación Marcelino Botín: 119-143.
- REDDÉ, M. (2005): «Les fouilles franco-allemandes (1991-1997)» *Dossiers d'Archéologie* 305: 62-71.

